

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**ALGUIEN
QUE NO EXISTE**

**Curtis
Garland**



Ha sido alguien que no existe.

Alguien que no existe hizo esto. No tiene sentido en apariencia, pero yo sé que es así.

No hay otra explicación posible. Hay que partir de ese punto para intentar recomponer las piezas de este *puzzle* siniestro y estremecedor ante el que nos encontramos en este momento.

Alguien que no existe...

¿Es posible que un ser así, perdido en el limbo de lo que no es, en la nada absoluta de lo que ya no tiene forma ni vida, haya podido llegar tan lejos en su extraña y horrible venganza?



Curtis Garland

Alguien que no existe

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1740

ePub r1.1

Lds 07.03.19

Título original: *Alguien que no existe*

Curtis Garland, 1983

Cubierta: García

ePub modelo

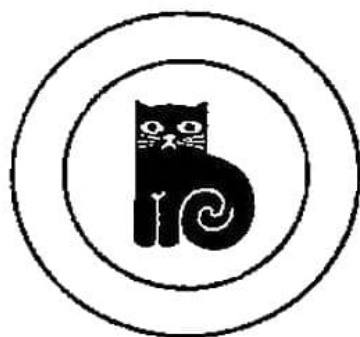
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Ha sido alguien que no existe.

Alguien que no existe hizo esto. No tiene sentido en apariencia, pero yo sé que es así.

No hay otra explicación posible. Hay que partir de ese punto para intentar recomponer las piezas de este *puzzle* siniestro y estremecedor ante el que nos encontramos en este momento.

Alguien que no existe...

¿Es posible que un ser así, perdido en el limbo de lo que no es, en la nada absoluta de lo que ya no tiene forma ni vida, haya podido llegar tan lejos en su extraña y horrible venganza?

Sencillamente, no lo sé. He hablado ya de ello con personas que esperaba me dieran alguna pista, algún indicio, por leve que fuese. Brujos, espiritistas, parapsicólogos, médiums, nigromantes modernos, investigadores del Más Allá...

Y nada.

No he conseguido nada en absoluto. Unos se han perdido en disquisiciones grotescas o inverosímiles, otros han buscado explicaciones metafísicas incoherentes y disparatadas, los más han atribuido a influjos del mundo de los muertos o a poderes extrasensoriales lo que está sucediendo.

Pero yo sé que todo eso es falso. Porque ni siquiera estoy buscando a alguien que haya muerto. Estoy buscando, simple y llanamente, a alguien que ni siquiera ha nacido. Absurdo, ¿no? Delirante, diría yo.

Sin embargo, ésa es la pura realidad. Sé que en el FBI me están empezando a tomar por loco. Bueno, que lo hagan. No puedo impedírselo. ¡Qué más quisiera yo que poder enfrentarme a mis jefes y compañeros, y mostrarles una serie de razonamientos de

aplastante lógica que explicase los sucesos de estos últimos días en este endiablado lugar donde ahora me hallo tratando de encontrar lo inencontrable!

Tal vez por ello, ahora, en plena confusión, echo la vista atrás, tratando de abarcar todos los increíbles acontecimientos, desde su mismo y sorprendente inicio, cuando todo ello parecía una broma de pésimo gusto a la obra de un toco lleno de imaginación y crueldad.

Y recuerdo los hechos que se iniciaron en esta pequeña ciudad, y que han provocado nada menos que la intervención directa de la Oficina Federal de Investigación ante sus extrañas características, que escapan por completo a las reglas de los sucesos criminales que corresponden a la jurisdicción normal de una policía estatal o de un simple marshall local. Esto es más, mucho más. No sé el qué, sinceramente, pero es más de lo que puede investigar una policía metropolitana, en especial en un lugar de reducida vecindad y medios técnicos limitados.

Pero estoy seguro de que incluso en ciudades tan populosas como Nueva York o Los Ángeles, esto representaría un serio problema para las autoridades encargadas de su investigación. Si lo está resultando incluso para mí, con toda la maquinaria tecnológica y burocrática del FBI respaldándome, es fácil imaginar lo que pensaría de este endiablado caso un oficial de policía vulgar y corriente.

Tal vez para hacerme una idea exacta de los hechos, sea mejor seguir así, mirando atrás y recomponiendo las piezas incoherentes que hasta ahora obran en mi poder Justo desde el momento en que alguien nos llamó telefónicamente a la oficina federal de la capital de este Estado, y dijo con voz entrecortada:

—¡Por favor, vengan pronto! ¡Se van a cometer varios asesinatos! Y el autor de todos ellos es alguien que no existe...

Naturalmente, nuestras telefonistas recogieron y grabaron la llamada, como se hace siempre, pensando que era la obra de un chiflado como hay tantos, o de una persona que creía haber recibido un mensaje del Más Allá, cosa que, poco más o menos, viene a significar una misma cosa para un agente federal con los pies en tierra.

Luego, esa misma voz, que por cierto era femenina, añadió algo

más sorprendente aún, que hizo poner en funcionamiento el complejo mecanismo electrónico de nuestras computadoras en busca de datos archivados y fiables:

—Se trata de algo relacionado con un secuestro y una muerte que ustedes investigaron hace ya quince años... Por eso les llamo. Es un asunto para el FBI, aunque sé que todo será inútil, porque esos crímenes van a producirse, hagan ustedes lo que hagan. El asesino, repito, es alguien que no existe. Y el origen de todo esto, el caso Kellerman...

* * *

El caso Kellerman.

Vaya si existía un «caso Kellerman» en nuestros archivos. Y de qué modo...

La labor de computar datos fue rápida y minuciosa. El caso Kellerman apareció rápidamente. El historial del mismo se trazó en las pantallas para que pudiéramos leerlo, comprobar los microfilmes de sus documentos e informes, y revisar todo lo que, quince años atrás, tuvo relación con el mismo.

Confieso que ello, pese a servirnos a los federales de primer indicio sólido de que algo raro se estaba produciendo, lo único que logró es llenarnos de confusión y perplejidad.

Me explicaré. No es difícil de hacerlo, aunque al final lo cierto es que uno siga sin entender nada de nada.

Yo no me había ocupado en absoluto del llamado «caso Kellerman», entre otras razones porque por entonces andaba sumamente ocupado en intentar cubrir las condiciones mínimas para ingresar en la Academia Federal como simple aspirante a agente del FBI, y eso lleva suficiente trabajo como para no pensar en otra cosa. Recordaba sin embargo algunas cosas, de un modo vago e inconcreto, aunque ni siquiera soñara por esos días en llegar a tener que relacionarme con el asunto, y menos aún que, andando el tiempo, yo sería un destacado agente federal a quien se le podrían encomendar asuntos difíciles como este que tenía ahora entre manos.

Ahora, leyendo en la pantalla del ordenador los datos archivados en el mismo, pude recordar que el agente encargado por entonces

del caso fue Richard B. Doyle, un viejo camarada federal ahora retirado con los más brillantes antecedentes profesionales que era dado imaginar. Doyle había sido un rudo luchador, siempre enfrentado con espías, agentes secretos infiltrados en nuestro país y cosas por el estilo. Siendo muchacho, había detestado atrocemente a los agentes nazis y a los fascistas. Posteriormente, su fobia se trasladó a los comunistas, especialmente durante el «síndrome Rosenberg» y cosas así. Posteriormente, se ocupó tanto de las llamadas «tramas negras» de la Internacional Fascista, como de las sutiles y tupidas redes del espionaje ruso en nuestro país.

Yo, personalmente, no estoy tan politizado como él y las ideologías me tienen perfectamente sin cuidado, siempre que no afecten a la paz, seguridad y futuro de mi país, los Estados Unidos de América, cosa que supongo le ocurrirá a cualquier patriota, sea americano, inglés o chino. Sin embargo, ahora tenía las secuelas, las sorprendentes y asombrosas secuelas del viejo caso Kellerman entre mis manos. Mis superiores me habían encargado el asunto sin vacilar, aún no sabía por qué. Tenía la incómoda sensación de que posiblemente debía mi elección a alguna sabia computadora que eligió mi nombre entre un puñado de candidatos.

Comenzando por Richard B. Doyle, designado para seguir de cerca los sucesos del caso Kellerman, pude ir desbrozando ahora con aquellos datos el viejo *dossier*, mientras a mi memoria acudían borrosamente algunos de sus detalles entre macabros y violentos.

Elizabeth Kellerman era una mujer joven y atractiva por aquel entonces, viuda del capitán de Infantería de Marina James Walter Kellerman, muerto en la guerra del Vietnam justamente aquel mismo año de 1968. Empleada en la American Amalgamated Electronic, empresa suministradora oficial de componentes electrónicos para la Marina, soportó con bastante estoicismo la pérdida de su esposo, permaneciendo en su puesto de una factoría de Michigan, exactamente en Detroit, al suceder el trágico evento en las selvas vietnamitas. Pero se dio el caso terrible de que, justamente por entonces, al sentirse ligeramente enferma, acudió a una revisión médica temiendo algún trastorno a causa de la muerte de su marido, y resultó de tal examen que estaba embarazada de dos meses. Durante una visita relámpago de su marido a los Estados Unidos, ella había quedado, al parecer, en estado e iba a ser madre

siete meses más tarde, si todo iba bien.

Hasta aquí la historia podía ser una de tantas de las viudas de combatientes que han existido siempre, en la Primera, Segunda Guerra Mundial, en Corea o en Vietnam, pero andando el tiempo, las cosas iban a resultar muy diferentes.

Porque sucedió que, estando ya casi de siete meses, Elizabeth Kellerman fue secuestrada un día.

Aquel secuestro no parecía tener mucho sentido, porque ella no era una mujer rica, ni mucho menos. Cobraba una pensión por la muerte del capitán Kellerman, y un buen sueldo en la empresa donde trabajaba, pero eso era todo. Inicialmente, se pensó en una vulgar desaparición, hasta que apareció el primer mensaje firmado por el «Comando Zeta».

Nadie, hasta entonces, había oído hablar del «Comando Z». El FBI no tenía el menor dato sobre él en sus archivos. La CIA tampoco. Se acudió a informes de los servicios secretos extranjeros, y ni el MI-5

británico ni el Deuxième Boreau francés pudieron aportar dato alguno al asunto.

Los firmantes exigían, en una nota, la suma de doscientos mil dólares por su devolución, cosa que a todos sorprendió, porque Elizabeth Kellerman, oficialmente, no tenía familia alguna tras la muerte de su marido.

Aquí surgió de inmediato la primera nota sorprendente del caso; un hombre importante en Detroit se ofreció a pagar el rescate sin vacilar. Ese hombre era Desmond F. Vardy, importante industrial y hombre de negocios de la ciudad, a quien nadie hubiera relacionado ni remotamente con la víctima del secuestro.

Saltó entonces el escándalo, minimizado lo más posible por las autoridades para no echar sensacionalismo barato al caso. La honesta y sufrida señora Kellerman tenía un amante que, muy posiblemente, lo era ya en vida de su esposo. Eso abría una interrogante para los malpensados: ¿de quién era el hijo que ella esperaba? ¿Suyo o del rico industrial de Detroit?

Eso al FBI le tenía por completo sin cuidado, porque lo que quería era rescatar a la señora Kellerman de manos de sus secuestradores, sobre todo al saber que ella conocía al dedillo ciertos instrumentos electrónicos suministrados por su empresa a la

Marina, vitales para los sistemas defensivos atlánticos. La OTAN había alertado ya sobre la posible filtración de informes técnicos a los agentes enemigos, acerca de ese material de máxima prioridad.

La cuestión despertó suspicacias en mi compañero Doyle por entonces, y éste investigó más intensamente las actividades de la señora Kellerman, descubriendo que, muy posiblemente, tras aquel secuestro había algo mucho más oscuro y complejo que el simple afán de obtener unos miles de dólares que Vardy estaba dispuesto a pagar.

Las sospechas se confirmaron. De grado o por fuerza, eso aún no se podía saber, Elizabeth Kellerman había suministrado información vital al «Comando Zeta», antes de ser secuestrada. Por ello recibió una serie de fuertes sumas de dinero que fueron localizadas en una cuenta con nombre supuesto, en un banco de Wisconsin, estado al que ella acostumbraba a viajar algunos fines de semana. De modo que el «Comando Zeta» no era ningún grupo de delincuentes, sino una secreta entidad de espías afincada en Michigan. Doyle, que ya sospechaba algo así, aunque sus inclinaciones hacia la política habían hecho que sus superiores dudasen previamente de sus recelos, se lanzó a tumba abierta sobre ese objetivo nuevo y desconcertante. Descubrió que el «Comando Zeta» era la rama activa de una organización terrorista de signo político, extendida en los Estados Unidos, Centroamérica y parte de Europa con otro nombre distinto. Y dedujo que si habían raptado a la señora Kellerman era para exigirle que les diese más información si es que ella se negaba a colaborar, o para despistar a la policía de cualquier posible sospecha hacia su persona.

Lo cierto es que Doyle hizo un buen trabajo, Fingiendo entregar el importe del rescate, abonado por el compungido Vardy, que parecía sentir gran afecto por su amante, logró sorprender a sus secuestradores. Sus planes resultaron casi perfectos, y en el enfrentamiento murieron cinco de sus componentes, escapando con vida solo dos de ellos, que jamás fueron hallados, y a quienes nadie vio el rostro. Los muertos, claro está, no pudieron hablar, y el caso se cerró con el rescate de la señora Kellerman, que debería extenderse en amplias confesiones ante nosotros, apenas recuperada del susto, si es que realmente había estado secuestrada, cosa que Doyle no acababa de aceptar totalmente.

Las cosas se complicaron de repente para Doyle, para el FBI y para la señora Kellerman. A causa del secuestro y del posterior rescate violento, ella sufrió una grave crisis nerviosa, y ello originó una complicación súbita en su proceso de embarazo. Ingresada en la clínica del doctor Anderson, médico personal de Vardy, abortó, siendo imposible sacar con vida al hijo sietemesino que hubiera nacido, pese a todos los esfuerzos de los médicos por lograrlo. Ante la exasperación que sufría Vardy ante el no nacimiento del niño, se pensó que a no dudar, él debía ser el padre, y no el difunto Kellerman que, por cierto, tras cinco años de matrimonio con Elizabeth, jamás había tenido un hijo.

El aborto debió ser la gota que rebasó el vaso de la salud precaria de Elizabeth Kellerman, y sus nervios y su mente no lo resistieron. Perdió la razón, y fue internada en un importante centro psiquiátrico. Todos los desesperados esfuerzos de Vardy para recuperar a su amante sana y salva, fueron inútiles. Ganó una fortuna en vano. La señora Kellerman sigue hoy en día, a los quince años, internada en su centro psiquiátrico, cuya elevada factura paga religiosamente Desmond F. Vardy, actualmente casado con otra mujer, de la que ha recibido seis hijos, circunstancia ésta que permite abonar con más fuerza aún la posibilidad de que tan fértil caballero fuese el padre de la fallecida criatura, y no del difunto Kellerman.

Pero eso, por el momento, para mí era un completo enigma. Ni ella ni Vardy iban a hablar, y el niño ni siquiera había nacido. Sólo pudimos leer allí que, de haber nacido y ser niña, se hubiese llamado Terry. Y de ser niño, Terence. Era algo decidido ya por su madre y por Vardy. El hecho de que los padres de Vardy se llamasen respectivamente Terry y Terence, hacía sospechar más aún de dónde venía la paternidad de la criatura.

De los miembros del «Comando Zeta» que lograron escapar del tiroteo final, nunca se supo nada más. Los cinco muertos resultaron ser personas conocidas de Detroit, al margen de toda sospecha hasta entonces, cuya filiación política, sin embargo, resultó ser harto extremista. Los otros dos posiblemente siguieron gozando de una vida cómoda y respetable como honestos ciudadanos de Michigan, pensé con cierta desazón al finalizar la lectura de los hechos de aquel caso Kellerman, cerrado por el FBI quince años atrás, con el

aborto y la desgracia de Elizabeth Kellerman, y vuelto a abrir ahora con un extraño mensaje telefónico que había dicho escuetamente:

«Se van a cometer varios asesinatos. Y el autor de todos ellos es alguien que no existe... Se trata de algo relacionado con un secuestro y una muerte que ustedes investigaron hace ya quince años. Por eso les llamo. Es un asunto para el FBI, aunque sé que todo será inútil, porque esos crímenes van a producirse, hagan ustedes lo que hagan. El asesino, repito, es alguien que no existe. Y el origen de todo esto, el caso Kellerman...».

La voz femenina que nos informó de tal cosa, parecía la de una persona realmente aterrada. Admito que en el FBI la cosa se tomó un poco a la ligera, sin que el examen de los antecedentes del caso Kellerman añadiera demasiada luz al asunto, y sin que supiéramos realmente por dónde empezar.

Fue entonces cuando tuvo lugar el primer asesinato, confirmando lo dicho por aquella voz.

En Detroit, una persona fue atrozmente muerta. Y en la pared, con su sangre, alguien había firmado con un nombre y una inicial para el apellido, tras mutilar terriblemente a la víctima.

Ese nombre era Terence K.

CAPÍTULO II

Terence K.

—Terence Kellerman... ¿Es eso lo que estás pensando?

Asentí. Mi compañero McIntire me había leído el pensamiento. O tal vez es que él estaba pensando lo mismo. Miré a los policías de Detroit que deambulaban en torno nuestro por la sangrienta habitación. Sacudí la cabeza.

—Eso no tiene sentido —dijo al fin—. Terence Kellerman ni siquiera llegó a nacer.

—Por tanto no existe —insinuó McIntire—. Es lo que dijo la voz ¿no?

—Claro. Pero eso no significa nada. Podía ser una broma.

—Una broma bastante macabra. Mira lo que le hicieron a este tipo: le cortaron el cuello de oreja a oreja. Y le seccionaron los dos brazos por completo, tirándolos al jardín. Hay que odiar mucho a alguien, o ser un desalmado, para llevar la saña criminal a ese extremo. Al menos hay cinco litros de sangre desparramados por esta habitación. Nunca vi tanta, lo confieso, Scott.

—Yo tampoco —moví los hombros con aire escéptico—. Es como si alguien se hubiera preocupado por montar una escena realmente de escalofrío. Este crimen no es normal. No hacía falta tanto efectismo.

—Hay muchos asesinos feroces, auténticos carniceros...

—Lo sé, McIntire. Pero esto es distinto. No sé por qué, pero no parece obra de un carnicero. Es como si lo hubiera estudiado previamente. Mira el tajo en el cuello, los cortes a la altura de los hombros... Son limpios, seguros, firmes. No se trata de tajos brutales, violentos. Yo diría que, tras matar a su víctima, se dedicó cuidadosamente a llenar de sangre todo esto, mutilando al muerto y

degollándole sin ninguna necesidad. Observa esa cuchillada en el corazón. Es mortal de necesidad y sangró poco. Lo demás sobra.

—Hay sádicos que sólo gozan derramando sangre. ¿Por qué no pudo ser uno de ellos?

—Claro que puede serlo. O un loco que goza deleitándose en la tarea. Pero aun así, sigue pareciéndome artificioso, estudiado. Aunque de todos modos, quien es capaz de algo así a sangre fría, todavía me aterra más que un loco o un salvaje.

—Lo que parece evidente es que el asesino no tuvo que fracturar puertas o ventanas para entrar aquí. No hay señales de violencia por parte alguna, Scott.

—Sí, ya lo he advertido. ¿Quién es la víctima concretamente?

—Paul Wilcox, de cuarenta y dos años. Canadiense residente en Michigan desde hace más de veinte años. Tenía negocios de compra—venta de coches. Sin antecedentes de ningún género. Nunca recibió una amenaza ni tampoco cometió delito o infracción alguna. Un tipo vulgar diría yo.

—Pero su muerte no ha sido vulgar.

—No, no lo ha sido. ¿Qué piensas tú de todo esto? A la policía local no le gusta nada que hayamos metido las narices en su caso, mira cómo nos observan. Después de todo, no tenemos aún motivo para intervenir oficialmente en esto.

—Yo pienso lo contrario —suspiré—. Ha habido mutilaciones, ¿no? Eso es delito federal. Además, esa letra «K» puede significar Kellerman. Y eso fue un caso federal.

—¿Sigues pensando que los dos asuntos se relacionan entre sí?

—La verdad, sí.

—No tiene sentido, compéndelo.

—Eso ya lo sé. Pero el nombre fue trazado con sangre humana en ese muro.

—Es lo único que tienes que pueda relacionarse con el caso Kellerman. Muy poco para tomarlo en serio. Alguien puede estar rematadamente loco y haberse obsesionado con aquel viejo asunto, hasta el extremo de hacer una llamada telefónica al FBI en primer lugar, y matar luego a este hombre.

—Eso es una tontería, McIntire.

—Tan buena como pueda serlo cualquier otra. ¿Se te ocurre otra mejor?

—No, maldita sea —admití irritado—. Pero recuerda que la voz que llamó era la de una mujer.

—¿Y qué?

—Este crimen no parece obra de una mano femenina.

—¿Por qué no?

—Cielos, ¿y b preguntas? Toda esta violencia, ese degollamiento brutal, la mutilación de ambos brazos, la sangre derramada...

—Yo que tú no estaría tan seguro de que una mujer no pueda hacer esto, Scott —mi compañero meneó la cabeza—. Recuerdo un caso en el que una mujer mató hasta a tres hombres de una sola vez, cortándoles la cabeza a hachazos. Aquello parecía un matadero. Y lo hizo una mujer, sin ayuda de nadie. Claro que ella pesaba trescientas libras y medía seis pies de altura, pero era una mujer.

—Esa clase de hembras no abundan —suspiré—. Sigo pensando que esto es obra de un hombre, McIntire.

—Si lo que estás pensando fuera cierto, esto sería obra de un varón... de sólo quince años.

—¿Qué quieres decir? —Le miré rápidamente, arrugando el ceño.

—Vamos, vamos, sé adónde querías ir a parar con tus sospechas —sonrió mi compañero—. Terence Kellerman. Un niño que no llegó a nacer nunca. Pero si hubiera venido puntualmente a este mundo y su madre no hubiera abortado, ahora tendría solamente quince años de edad. Muy poco para hacer una labor así, ¿no crees?

—Sí, es posible. Pero siempre han existido asesinos precoces. Hoy en día un muchacho de quince años puede ser todo un atleta. Y los periódicos están llenos de noticias escalofrantes sobre niños que planearon cuidadosamente el asesinato de un compañero de colegio, un maestro que les era particularmente odioso, e incluso de sus propios padres por haberles castigado a no ir al cine en un fin de semana.

—Hablas de niños que existen, Scott —sonrió McIntire—. Pero Terence Kellerman no existió jamás.

—Es verdad —resoplé, con aire abatido—. Dejemos eso. Puede que lo más razonable sea pensar que alguien conoce la historia de esa llamada telefónica al FBI, y la ha aprovechado para crearse una fantástica coartada, asesinando de paso a este individuo, Paul

Wilcox. De momento, dejaremos el asunto a la policía local, y nos limitaremos a una investigación discreta de los hechos, sin cariz oficial, ¿te parece?

—Sí, será lo mejor para evitar suspicacias —aceptó McIntire de buena gana—. El capitán Murdock, de Homicidios, es un tipo amable pero algo quisquilloso. Y el FBI no le cae demasiado bien.

—Me pregunto si realmente le caemos bien a alguien —comenté sarcástico, encaminándome a la salida procurando no meter mis pies en aquellos regueros rojos que lo invadían todo.

El capitán Walter Murdock, de Homicidios, nos dirigió una sonrisa amplia cuando le dijimos nuestra intención de apartarnos del asunto para dejarlo en sus manos totalmente. Hundió sus gruesos pulgares en las sisas de su chaleco arrugado, puso un gesto paternal en su ancha cara grumosa y habló condescendiente:

—Bien, chicos, eso me parece sensato. Yo, personalmente, no veo en todo este asunto ninguna razón para una intervención federal. El hecho de que mutilen a un cadáver total o parcialmente es hoy día cosa bastante frecuente, y el FBI no tendría tiempo ni personal si tuviera que ocuparse de todo lo que sufren esa circunstancia en el país. En cuanto al tipo asesinado, tampoco ofrece ninguna duda de que era un individuo vulgar y éste, posiblemente, un crimen más de los que se cometen en la ciudad cotidianamente. De todos modos, si sale algo, les mantendré informados.

Le dimos las gracias, dejándole allí con su labor. Pero de mi mente no se alejaba ni un solo momento aquel nombre escrito con sangre en una pared: Terence K...

Aquel día solicité información en las computadoras sobre Paul Wilcox. No hicieron sino confirmar que, en efecto, el individuo era canadiense, sin antecedentes penales, de oficio vendedor de coches usados, y que había tenido otras colocaciones, todas ellas relacionadas con la compra-venta de algo. Pero de repente, y sin yo esperarlo, surgió la sorpresa entre los datos de nuestro archivo almacenados en la memoria electrónica.

Paul Wilcox había sido empleado en la American Amalgamated Electronic entre 1966 y 1969. Ocupó el puesto de distribuidor de material conduciendo una furgoneta de la empresa durante esos años. Y en 1968, Elizabeth Kellerman siendo empleada de la misma

empresa, había sido secuestrada por el misterioso «Comando Zeta».

Febrilmente, consulté todos los datos relativos al «Comando Zeta», pulsando los teclados de la computadora. Tuve pronto en pantalla lo que buscaba. En diciembre de 1960 el FBI había cerrado el caso Kellerman, definitivamente, tras ser internada la señora Kellerman en el centro psiquiátrico del que ya nunca saldría, y fracasar todos los intentos en la búsqueda del misterioso grupo terrorista que secuestró a la infortunada mujer. En enero de 1969, se despedía Paul Wilcox inesperadamente de la empresa, para dedicarse a sus propios negocios de compra-venta. Del «Comando Zeta», nunca se supo nada, salvo que dos de sus componentes no fueron focalizados ni identificados, y no volvió a dar señales de vida en el país.

A raíz de aquel año de 1969, ciertos extravíos de material electrónico de precisión, destinados a los organismos militares norteamericanos, habían dejado de producirse en la empresa suministradora.

Apenas compaginando todo eso entre sí, estuve repentinamente seguro de algo, más por intuición que por solidez en los indicios.

Paul Wilcox, el hombre recién asesinado, había sido uno de los dos componentes del «Comando Zeta» que nunca fueron hallados.

* * *

Era un negocio de compra-venta como otro cualquiera de la ciudad. Detroit es el emporio de los automóviles, por eso tal vez sobran más y más nuevos que en otras partes del país. Allí alineados, se vendían aparentemente ejemplares de reciente fabricación, relucientes y apetitosos, aunque posiblemente muchos de ellos distaban mucho de ser lo que parecían. Pero en eso consiste, precisamente, el negocio de saber vender coches usados.

Wilcox tenía un socio en la empresa, un tal Allyson Warren, un tipo alto, flaco y cuyo traje a cuadros, de pésimo gusto, parecía colgado de una percha demasiado larga para el modelo. Tragaba saliva con frecuencia, y su nuez subía y bajaba al hacerlo lo mismo que si fuese un montacargas averiado.

—¿Paul? Claro, era mi socio —aseguró, sepultando su abultada nuez en lo más hondo, para emerger de inmediato hacia lo alto

dando trompicones bajo el pellejo flácido y seco—. Un buen chico, seguro. No sé quién sería el bastardo que pudo hacerle eso. El nunca se metió con nadie. Y además, era un buen vendedor. Un excelente vendedor. Me costará encontrar un chico como él. Eso, suponiendo que sus herederos no decidan ahora liquidar el negocio. El llevaba el setenta por ciento de este negocio, ¿sabe? Si venden, estoy listo.

—No sé de familia alguna de su socio. ¿Tiene parientes que usted sepa?

—Bueno, parientes que se diga, no —rió el tipo, haciendo subir y bajar la nuez a gran velocidad—. Sólo le he conocido una fulana, una tal Eileen DeFalco, una putita de buenos modos y bastante inteligente para las de su clase. Además, tiene unas tetas que asustan, amigo.

Los detalles eróticos de la amiga del difunto me tenían sin cuidado por el momento, aunque no soy ningún indiferente a los encantos femeninos. Pero anoté mentalmente el nombre de la chica y me apoyé en un descapotable rojo, el más caro de los modelos a la vista.

—¿Cree que ella puede heredar sus acciones en este negocio, siendo sólo una amiguita? —indagué.

—Seguro —admitió él con la misma alegría con que podía estar dando sepultura a su madre—. Le firmó un seguro de vida y una cesión de sus acciones. Al morir él todo es para la fulana. La muy zorra hizo valer sin duda sus encantos.

—Sí, eso parece. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Claro. Paul tiene sus señas en la oficina. Se las daré, agente.

Me las dio. Resultó ser un apartamento bastante caro en Tireman Avenue, a la altura de Dakman. Un buen sitio y un buen alojamiento. Me pregunto por qué siendo un tipo soltero, Wilcox no vivía maritalmente con ella. Tal vez le gustaba aparentar lo que no era: un individuo honesto y sin asuntos de faldas.

El socio de Wilcox tenía mucha razón. Eileen DeFalco era joven, atractiva y con todo el aspecto de haber sido lo que Allyson Warren dijo que era. Al abrirle la puerta, echó una mirada a la credencial, sin que pareciera impresionarla el escudo de federal lo más mínimo. A mí sí que me impresionó lo que revelaba su bata de seda, ligera y no demasiado bien atada al cuerpo. Poseía unas caderas impresionantes, pero eso no era nada al lado de sus pechos. Los

llevaba desnudos, sin sujetador, y la seda de la prenda se adhería a un par de esferas palpitantes y firmes de tamaño sorprendente para su dureza. Era como sentirse encañonado por dos balones de *rugby* a punto de disparar contra uno.

—Yo soy Eileen DeFalco —dijo la muchacha, morenita y no muy alta, señalándome el interior de la vivienda—. Entre, federal.

Entré. El apartamento era confortable y no demasiado grande. Vi sobre una mesa, un periódico del día, con la fotografía de Wilcox y la noticia de su asesinato. Pero la chica no me parecía una viuda desconsolada ni mucho menos. Se sentó frente a mí, cruzándose de piernas y me dejó sin aliento. Tenía unos muslos a tono con sus caderas y senos. Wilcox había sabido elegir, de eso no había duda.

—Bien, le escucho —me dijo, encendiendo un cigarrillo de boquilla dorada con gesto indolente—. Supongo que viene a hablarme de Paul...

—Supone bien. ¿La ha visitado la policía ya?

—Claro. Les conté lo que sabía de él, que no es mucho. ¿Qué pinta el FBI en esto?

—Aún no lo sé a ciencia cierta, señorita DeFalco.

—Llámeme Eileen —rió, guiñándome un ojo—. Seguro que le gustará hacerlo, federal.

—¿Hacer qué?

—Llamarme así. Es más íntimo —y movió rítmicamente su pierna superpuesta, sin que yo pudiera quitar mis ojos de su *slip* color azul pálido.

—Bien, Eileen, no he venido a flirtear con usted, si se refiere a eso.

—Ya lo imagino. No es buena ocasión. Paul era como un esposo para mí.

—Pero usted no parece una viuda desconsolada.

—No tengo por qué serlo. El pagaba mis favores, eso es todo. Nunca le amé, y lo sabía. Pero fue generoso conmigo, eso sí.

—Muy generoso —sonreí—. ¿No es su heredera?

—Así es. Ahora poseo sus acciones. Y un seguro de vida de doscientos mil dólares.

—Por mucho menos hay mujeres que asesinaron a su marido —apunté.

—Lo sé. Pero yo no haría tal cosa. Me horroriza la sangre.

Además, ¿por qué hacerlo? Paul sólo venía una vez por semana. Le gustaba más andar con sus líos políticos que conmigo. No me molestaba mucho. ¿No es eso una prueba de mal gusto?

—Evidente —asentí—. Mucho debía gustarle la política para olvidarse durante seis días a la semana de una mujer como usted.

—Demasiado. Era un fanático de sus ideales. ¡Violencia, terrorismo, muerte al sistema y todo eso! Cuando le daba por hablar de eso, era insoportable.

—Lo creo. Yo no hubiera hablado con usted de cosas así, Eileen.

—Estoy segura de ello. Usted es diferente, federal. Y no sólo en lo físico —se incorporó, caminó hasta mí y se sentó en el brazo de mi butaca. Su muslo desnudo se apoyó en mi brazo, y sus pechos quedaron a la altura de mi rostro. Por la abertura de su bata pude vislumbrar las palpitaciones de su carne dura y vibrante. Inclinandose ligeramente, puso una mano en mi hombro. Y añadió, suave—: ¿Por qué no hablamos de todo esto en otro sitio? Podrías ponerte más cómodo y charlar conmigo amistosamente... ¿Dijiste que te llamas Scott?

—No lo dije —sonreí—. Lo leíste en mi credencial. Scott Serling. Hay quien hace bromas con mis credenciales, por eso de ser federal.

—Ya. FBI... SS —rió ella, con voz ronca, deslizándose ahora su mano a lo largo de mi pecho, en suave caricia—. Vamos, Scott. Charlemos en mi alcoba. ¿Te importa?

—No —suspiré—. No me importa, siempre que charlemos de Wilcox.

—¿Te asusto acaso?

—Sólo me asustan las balas bien dirigidas contra mi cuerpo, preciosa —reí a mi vez, rodeándole la cintura, breve y firme—. Pero charlar no molesta para otras cosas.

—Eso es verdad. Ocupémonos primero de esas «otras cosas» —insinuó ella—. Luego charlaremos, ¿te parece?

No podía elegir. Aquella hembra estaba en celo. Para su calibre, un día por semana era como tomarse una hamburguesa en todo un mes. Me lo demostró muy pronto, apenas caí en su cama y comenzó a soltarme los botones de la camisa. Ella ya estaba sin bata. Y sin *slip* azul. Desnuda era un prodigio. Wilcox supo lo que se hacía. Pero era un imbécil por pensar en política. Con aquel cuerpo al lado no se podía pensar en nada. En nada que no fuese el propio cuerpo

de Eileen, claro.

A ella debió parecerle bien mi modo de ser, porque cosa de dos horas más tarde, parecía satisfecha, fumando otro cigarrillo y contemplándome, tan vestida como Eva en el Paraíso, sentada junto a mí en el lecho.

—Cuando entraste sabía que eras todo un hombre —ponderó—. No me equivoqué, Scott.

—Gracias. Ahora hablemos de Paul, ¿quieres?

—Oh, claro, lo había olvidado —rió burlona—/ Pregunta.

—¿Sabes qué clase de política era la suya?

—Ya te lo dije. Estaba loco. Quería acabar con el sistema. Un día, estando borracho, me confesó que había pertenecido a un grupo activista muy violento cuando era más joven, pero que aquello fracasó. Mataron a varios camaradas suyos. Sólo quedaban vivos él y otro.

—¿Te dijo quién era el otro?

—No —negó, con un suspiro, apagando el cigarrillo y poniendo su mano en mi pecho—. ¿Por qué no acabamos la charla ya? Hay cosas mejores que hacer en una cama, Scott...

—Luego. Háblame de eso. ¿No sabes nada de ese otro?

—El no me dijo quién era. Pero no hacía falta ser muy lista para saberlo.

—Eso quiere decir que lo sabes —me incorporé, mirándola atentamente, mientras su mano penetraba en las sábanas y alcanzaba mis ingles—. ¿Es así?

—Sí —sonrió, humedeciendo sus labios con la punta de la lengua, maliciosa—. Scott, cariño, vamos ya...

—Su nombre, Eileen. Sólo su nombre, y no se hable más —sugerí.

—Dennis Fairchild —me dijo.

Y se zambulló en las sábanas arrastrándome consigo.

CAPÍTULO III

Dennis Fairchild estaba muerto.

Muerto como mi bisabuela. Muerto como un fiambre en La Morgue. Muerto como una rata muerta, maldita sea.

Había llegado tarde. Me costó dar con sus señas, porque no figuraba en la lista de teléfonos de Detroit, como había imaginado. Sólo a través del Departamento de Tráfico localicé su dirección, gracias a la matrícula de su automóvil. Vivía en una casa aislada de Dak Park, no lejos del

O'Hair

Memorial Park. Un buen sitio y una lujosa casa. El tipo vivió como un rey mientras vivió, eso era obvio. Y sus asuntos debían de ser muy privados cuando su número telefónico no constaba en la guía. Oficialmente figuraba como financiero, pero encontré en su casa pruebas de que se dedicaba a importar y exportar algo, asociado a países extranjeros bastante sospechosos, todos ellos del Este de Europa. Poseía un completo archivo de sucesos terroristas de todo tipo, coleccionados de periódicos, publicaciones y libros. No faltaba en él un amplio *dossier* dedicado al lejano «caso Kellerman». Algunas piezas comenzaban a encajar sorprendentemente. Pero demasiado tarde para mí y para el FBI.

Dennis Fairchild yacía en su *living*, sobre la moqueta, con el cuello seccionado limpiamente de un hachazo brutal y preciso. Su cabeza aparecía bajo la mesita de centro, como un balón de fútbol olvidado por un jugador distraído. El resto del cuerpo, estaba a cosa de tres o cuatro yardas de distancia, junto a un sofá color magenta. El suelo era un puro charco de sangre desde el cuerpo a la cabeza. El hacha yacía junto a la puerta vidriera asomada al jardín de la casa, sobre otro reguero sanguinolento. Y en la pared, aquella

maldita inscripción otra vez, trazada con un dedo empapado en sangre, sin duda alguna:

TERENCE K.

Si Fairchild había sido el segundo miembro del comando que quedara con vida quince años atrás, ya no quedaba nada del llamado «Comando Zeta». Wilcox y él habían sido exterminados brutalmente por una mano que parecía vengadora. Y que más que surgir de ultratumba, tenía todas las trazas de venir del limbo, porque Terence Kellerman jamás llegó a nacer, nunca había existido.

Me quedé helado durante unos minutos contemplando la escena. El muerto estaba rígido y frío, la sangre coagulada y oscura. Eso me tranquilizaba algo la conciencia. Aunque hubiese dejado a Eileen DeFalco sin complacer en su último arrebató sexual, hubiera llegado igualmente tarde. Aquel hombre estaba muerto antes, incluso, de llegar yo a casa de la exuberante y ardorosa amante de Wilcox.

No toqué nada aunque lo revisé todo poniéndome previamente unos delgados guantes de materia plástica que llevaba siempre conmigo para casos así. Aparte del *dossier* de terrorismo internacional, que abarcaba desde los actos violentos en Oriente Medio hasta los atentados políticos en Europa, pasando por golpes de Estado y revoluciones en América Central, hallé una serie de direcciones y teléfonos en una agenda, así como fotografías y documentos que guardé en mis bolsillos para su examen minucioso por parte de la Oficina Federal.

Luego, me dispuse a llamar a la policía local, como haría cualquier buen ciudadano en mi caso. El teléfono me interrumpió antes de llegar a él. Sonó su timbre repetidas veces. Lo miré, pensativo. Mi mano enguantada alzó el auricular.

—¿Sí? —pregunté con voz ronca, por si la llamada era para el muerto, y podían tomarme por él.

Pero la cosa era muy distinta. Y mucho más estremecedora.

—Hola —respondió una voz aguda, infantil—. ¿Es la policía?

Dudé. Y opté, por ser sincero en mi respuesta:

—No —dije—. Es el FBI.

Un breve silencio. Luego, una risita aguda.

—¿El FBI? Bien... ¿Qué le parece lo que ha encontrado? —dijo.

La voz era la de un niño. O lo parecía. Si era una ficción, resultaba muy buena. Demasiado buena, incluso.

—¿Quién llama? —repliqué, sin responder a la pregunta.

—¿No lo sabe? Qué torpe es usted para ser un federal —se mofó la voz infantil—. Me llamo Terence Kellerman. Y Fairchild no será el último...

Soltó una carcajada que heló mi sangre, y colgó.

Me quedé pegado al teléfono como si me hubiera soltado una descarga eléctrica. No sabía qué hacer ni qué pensar. Aquello no era una farsa. La voz era, realmente, la de un niño.

Un niño llamado Terence Kellerman. Un niño que no había nacido.

Golpeé el soporte y llamé a la policía. Noté que un sudor frío empapaba mi frente. La voz me sonó ronca cuando informé a Homicidios de mi macabro hallazgo.

* * *

McIntire aplastó su cigarrillo en el cenicero casi con rabia. Sobre la pantalla aparecían aún los rostros de Wilcox y de Fairchild, el uno junto al otro.

—De modo que esos dos eran los supervivientes del «Comando Zeta» —murmuró con voz ronca—. Y están liquidados.

—Eso es —asentí displicente, tomando un sorbo de *bourbon*—. Alguien sabía bien a quiénes golpear, en venganza por algo ocurrido hace quince años.

—Pero ¿a quién, Scott?

—Ya te lo dije. A Terence Kellerman.

—¡Terence Kellerman no existe!

—Eso pensamos. Un niño llamó para decir lo contrario. Y era realmente un niño.

—Cualquiera puede fingir una voz infantil.

—Lo sé. Pero mi instinto me dice que no fingían.

—Estás obsesionado con esa criatura que sólo fue un aborto, un feto sin vida, Scott. Eso puede resultar enfermizo —se preocupó McIntire, mirándome muy serio.

—No temas, no soy un neurótico —reí—. Te confieso que hoy he sentido por vez primera el miedo. Fue al escuchar aquella voz.

Había algo de horripilante en ella. Sonaba ingenua y, a la vez, fría y cruel...

—Alguien nos está tomando el pelo, Scott, es lo que pienso. Pero de un modo o de otro, esos dos hombres murieron. Y ahí tienes sus fotografías. Estaban en los archivos federales de Washington, en la sección de Sospechosos Políticos Sin Antecedentes. Es posible que pertenecieran a una asociación ilegal, de tipo terrorista, según los datos. Eso coincide con lo demás. Fairchild hacía frecuentes viajes más allá del Telón de Acero, a causa de sus negocios. Y se veía a menudo con Wilcox.

—Seis veces por semana —reí—. Sólo el séptimo día era para su fulana. Wilcox era un tipo de pésimo gusto, te lo aseguro.

McIntire me minó sin entender, pero yo tampoco me molesté en aclararle la cosa. En la pantalla, dejaron de aparecer las fotografías de ambos. La suplió la de una mujer hermosa, de cabellos oscuros, ojos grandes y pardos, facciones regulares.

—Elizabeth Kellerman —recité—. Tal como era quince años atrás. Me pregunto cómo estará ahora...

—Es una respuesta sencilla —me dijo McIntire—. Sigue internada en el Centro Psiquiátrico del doctor Alexander Valenti. Y Desmond F. Vardy sigue pasándole puntualmente el pago de su minuta al doctor.

—Ya. ¿Se casó el tal Vardy?

—Sí. Con una tal Jessica, que le ha dado seis hijos. Ignoro si ella conoce el compromiso de su marido respecto a la señora Kellerman. Lo cierto es que ni un solo mes deja de recibir el sanatorio la transferencia de Vardy, a través de una entidad bancaria y un abogado.

—¿Vardy no visita a la paciente?

—Que yo sepa, no. La señora Kellerman no recibe visita alguna desde hace más de diez años, según me informó una enfermera del centro, una tal Nancy Hawkins, encargada de las visitas.

—Entonces, va a recibir la primera en todo este tiempo —suspiré, poniéndome en pie.

—¿Cuál?

—Yo, naturalmente —dije, saliendo de la estancia.

Nancy Hawkins resultó ser una rubita de buen ver, joven y simpática, cuyos ojos azules me estudiaron cautelosamente cuando le di mi credencial y le expuse mi deseo de visitar a Elizabeth Kellerman.

—No sé si ella deseará verle a usted —objetó—. Es poco sociable. Vive encerrada en sí misma. Todo aquello que pasó hace tantos años, alteró para siempre su mente. El secuestro, los malos tratos de sus secuestradores, el aborto posterior... Es sólo una sombra de sí misma. Yo sólo llevo tres años aquí, pero vi fotografías tuyas de entonces, y cuesta admitir que sea la misma persona, señor Serling.

—Sí, entiendo. ¿Es agresiva?

—No, no. Ni siquiera eso. Es totalmente pasiva. Todo le importa poco, por no decir nada. No llora, pero tampoco sonde. Parece no sentir nada por nada ni por nadie. Vegeta, según el doctor Valentine. Y todos los métodos clínicos no han dado resultado alguno hasta ahora.

—Aun así, me gustaría verla un momento. Si le creo problemas, me iré de inmediato.

—Verá, señor Serling. Si lograra que ella reaccionara de alguna forma, aunque fuese con violencia o enfadara ya significaría algo positivo y el doctor Valentine se sentiría muy complacido —sonrió la rubita, moviendo luego la cabeza de un lado a otro—. Pero no creo que eso ocurra. Venga, le arreglaré una breve entrevista en el jardín. Pero no espere nada de ella.

La seguí hacia un amplio jardín por donde pasaban los pacientes de ambos sexos del doctor Valentine en aquel centro psiquiátrico, instalado en las cercanías de Grosse Pointe Park, cerca del río Detroit. Era una parte tranquila, apacible, rica en zonas verdes y con un cercano club náutico, cuyas embarcaciones se veían surcar las aguas, con sus velas desplegadas, como una acuarela hecha realidad palpitante.

Nancy Hawkins me llevó hasta una mujer solitaria, sentada en un banco, de cara a aquellas embarcaciones lejanas. Me sorprendió su cabello casi blanco, su faz surcada de finas arrugas, el gris mate de sus ojos inexpresivos, la rigidez severa de su postura. Era ella, sin duda alguna. Pero más que quince años, parecían haber caído sobre su persona unos cuarenta. Era escaso ya su parecido con la

mujer de la fotografía de nuestro archivo.

—Señora Kellerman, tiene visita —dijo Nancy con voz suave.

Ella no giró siquiera la cabeza. No me miró. Una vela roja y amarilla parecía atraer toda su atención sobre el río azul.

—Debe ser un error —dijo lentamente—. No espero a nadie.

—No, no es un error —replicó Nancy con dulzura—. El señor Scott Serling desea hablar con usted. Sólo unos momentos, señora Kellerman.

—Yo no deseo hablar con él. Ni con nadie —fue su desesperanzadora objeción.

La rubia enfermera me miró, desolada. Yo traté de sonreír. Y me senté audazmente junto a la paciente. Ella no movió un músculo de su faz. Yo miré al río.

—Ganará el balandro de la verde y blanca —señalé.

—No —negó, rotunda—. Ganará el de rojo y amarillo.

Nancy pestañeó. Yo le guiñé un ojo. Ella empezó a retroceder.

—Mire, está perdiendo terreno su barco —insistí—. El verde y blanco se acerca. Antes del recodo le aventajará en un largo cuando menos.

—Yo sé que no ganará el rojo y amarillo, seguro.

—Si está tan segura, apueste algo.

—¿Qué?

—Una sonrisa y un apretón de manos —sugerí—. Si usted gana, me retiro sin más. Si pierde, tendrá que sonreírme y apretarme la mano.

—Hecho —dijo, tras una vacilación—. Ganaré yo. Usted se irá.

—Claro. Si gana, me iré —prometí.

Contemplamos la carrera. Empecé a perder esperanzas. El balandro de la vela roja y amarilla se estaba despegando ahora. Miré de soslayo a mi compañera de asiento. Su gesto se animaba algo. Casi brillaban sus ojos. Vi que respiraba con fuerza.

Cuando volví a mirar al río, las cosas cambiaban. El balandro cedía terreno, el de la vela verde y blanca avanzaba con rapidez. Antes del recodo, la regata era de éste por más de un largo. Los dos se perdieron tras el promontorio. Respiré hondo.

Ella giró la cabeza. Me miró por primera vez. Parecía disgustada.

—Lo siento —sonreí—. Gané yo.

—Sí —alargó su mano con dificultad.

—Falta la sonrisa —dije, tomando aquella mano fría y lánguida—. Una apuesta es una apuesta, señora Kellerman.

—Claro —ella forzó una sonrisa y yo besé su mano suavemente—. ¿Basta así?

—Es usted más hermosa cuando sonrío —asentí—. Sólo por eso me alegro de haber ganado.

—¿Quién es usted? ¿Por qué quiere hablar conmigo? —preguntó de repente, sin hacer esfuerzo alguno porque le soltara la mano.

—Soy un buen amigo, aunque no me conozca. Vine a decirle algo. Los dos hombres que faltaban por pagar su crimen, han caído ya. Me refiero a sus secuestradores.

El rostro se le nubló. Retiró vivamente su mano ahora. Me miró con disgusto.

—Déjeme —dijo—. No quiero saber nada de eso. Váyase ya.

—Como quiera. Uno de esos hombres era Paul Wilcox. Usted debía conocerlo. Era compañero suyo de trabajo en la empresa. Conducía una furgoneta.

—No sé. No me acuerdo de nada —dijo secamente.

Dejó de mirarme, para contemplar de nuevo el río y otras velas de colores en él. Yo insistí, poniéndome en pie:

—¿Tampoco sabe nada de su hijo, señora Kellerman?

La vi estremecerse. Lentamente, se volvió a mirarme. Casi vi odio en sus ojos.

—Yo no tengo hijos —negó—. Mi hijo no nació nunca.

—Terence Kellerman existe —dije.

—¡No! —gritó, incorporándose con violencia. De pronto, su cara se había vuelto muy pálida, casi cérea. Y los ojos llameaban—. ¡El nunca vivió! ¡Está mintiendo! ¡Váyase, déjeme en paz!

Sus gritos atrajeron la atención de los demás. Dos enfermeras corrían hacia nosotros, con expresión sorprendida. Y o remaché el clavo sin piedad:

—Diga usted lo que diga, ese niño vive. Y está matando a los que la hicieron daño a usted. Yo he oído su voz. Yo sé que Terence Kellerman existe.

Ella emitió un alarido y trató de atacarme. Las enfermeras llegaron a tiempo, sujetándola. Nancy Hawkins corría ya desde el pabellón, estupefacta. Me alejé lentamente, mientras la paciente se debatía rabiosa entre sus cuidadoras. Nancy se acercó a mí, tras

contemplar los efectos de mi charla en la internada.

—¿Qué le hizo para sacarla de sus casillas? —indagó, perpleja —. Nadie ha conseguido eso hasta hoy.

—Tal vez porque nadie mencionó el punto débil que puede resquebrajar su firmeza.

—¿Qué punto débil es ése? —se interesó, caminando a mi lado, de vuelta al edificio sanatorial.

—Su hijo.

—¡Pero si la señora Kellerman nunca tuvo hijos!

—Lo sé. Pero alguien no parece saberlo: precisamente ese hijo que no existe —dije, para pasmo de mi interlocutora.

CAPÍTULO IV

—Eso no puede ser, señor Serling. Me consta que la señora Kellerman no tuvo jamás ese hijo que usted cita.

Asentí, mirando el rostro apacible y sereno del doctor Valentine, director del centro psiquiátrico privado donde Elizabeth Kellerman pasaba sus años. Bajo el cabello blanco, sedoso y liso, los ojos astutos me estudiaban tras unas gafas de montura metálica, y los delgados labios dibujaban una vaga sonrisa de incredulidad y escepticismo, y los delgados labios dibujaban una vaga sonrisa de incredulidad y escepticismo.

—Así consta, doctor —admití—. Pero tenemos motivos para dudar de ello.

—No sé qué motivos pueden ser, pero le aseguro que esta infortunada mujer sufrió hace quince años un aborto, que nunca tuvo hijos antes, y que ya no pudo tenerlos tras perder aquél.

—¿Clínicamente está probado todo eso, doctor?

—Por completo, sí. Tengo el informe oficial de su médico de cabecera, el doctor Andersen, en cuya clínica sufrió el aborto al intentar que diese a luz en precarias condiciones tras su secuestro. El doctor Andersen es médico de medicina general, pero su hermano es ginecólogo y se ocupó del caso. No hay lugar a dudas: la señora Kellerman, según el informe médico, abortó. El niño nació ya muerto, y posteriormente ya no pudo quedar embarazada, ni siquiera aunque hubiera tenido relaciones sexuales con alguien, a causa de las secuelas del aborto en su parto prematuro. Pero desgraciadamente para ella, tras esa pérdida sufrió el desequilibrio psíquico que la trajo aquí de modo hasta ahora definitivo.

—Entiendo. ¿Cree que nunca podrá salir de este establecimiento ya, doctor?

—Eso nunca se sabe. Esperábamos algún día una reacción de ella en algún sentido. Hoy la provocó usted. Puede ser un buen signo, o sólo un espejismo pasajero, ya veremos.

—¿Y qué me dice del señor Vardy?

—Desmond F. Vardy no tiene relación directa alguna con la paciente —declaró con cautela el psiquiatra—. Sólo se ocupa de su mantenimiento aquí a título vitalicio. Eso es todo. Ni siquiera la ha visitado más desde que contrajo matrimonio hace más de diez años.

—Si ella sale sana de su clínica, doctor, ¿qué ocurrirá con la transferencia habitual del señor Vardy?

—Que, naturalmente, quedará automáticamente suspendida —me miró críticamente, con cierta acritud—. No pensará usted que mantenemos a la señora Kellerman en ese estado, sólo por una suma mensual para cubrir sus gastos de estancia...

—No se me ha ocurrido tal cosa ni remotamente, doctor —le dije presuroso—. Sólo quería saber en qué condiciones estipuló el señor Vardy su ayuda a la paciente. Aunque no la haya vuelto a visitar, ¿se ha interesado alguna vez, telefónicamente o por carta, acerca de su estado?

—No, nunca desde que dejó de visitarla. Sólo sabrá de ella a través de su abogado, que es quien se encarga de hacernos las transferencias y quien recibe un informe sobre la señora Kellerman, firmado por mí personalmente, señor Serling.

—Entiendo. Gracias por todo, doctor. Ha sido muy amable —me incorporé, estrechando su mano—. Sólo espero que mi visita de hoy sirva realmente de algo a esa pobre mujer. Tal vez vuelva a visitarla, para darme. —Estaremos a su disposición y a la de su Oficina Federal, desde luego.

—Gracias, doctor Valentine. ¿Podría facilitarme las señas de la clínica de los doctores Andersen?

—Sí, un momento, por favor.

Momentos después, me escribía esas señas en una receta suya, y me despedía cortésmente a la puerta del centro psiquiátrico. Ya en la salida, me crucé con Nancy Hawkins, la enfermera de la sección de visitas.

—¿Cómo va la enferma? —pregunté.

—Mejor —sonrió ella—. Incluso me ha preguntado por usted.

—Cielos, no —reí—. ¿Quiere estrangularme o tirarme al río?

—Nada de eso. Dijo que sabe usted mucho de balandros. ¿Sabe lo que significa?

—Claro —me eché a reír—. Dígala que volveré para apestar de nuevo con ella otro día, y que entonces espero perder.

—Se lo diré —me miró fijamente—. Gracias por su visita, señor Serling. Personalmente, creo que ha ayudado mucho a la señora Kellerman. Es la primera vez que muestra interés por algo o por alguien.

—El doctor Valentine no piensa lo mismo.

Es un hombre algo pesimista siempre. Tal vez se equivoque. Vuelva por aquí si puede, señor Serling. Creo que a la señora Kellerman no le disgustará.

—¿Y a usted? —pregunté.

Nancy Hawkins enrojeció vivamente. La encontré más bonita así, con el carmín en las mejillas. Era menuda y esbelta, pero tenía unas formas muy atractivas bajo el uniforme blanco. Ahora la miré con renovado interés.

—Yo no cuento —dijo, tratando de mostrarse seca, y resultando solo aparentar turbación—. Buenas tardes, señor Serling.

—Buenas tardes, señorita Hawkins —sonreí—. Nos veremos, se lo prometo. Pero vendré por dos razones, no por una sola: la señora Kellerman... y usted.

Me alejé sin esperar su respuesta. Sólo supe que había vuelto a enrojecer.

* * *

La clínica del doctor Andersen se hallaba situada exactamente en el lado opuesto al centro psiquiátrico donde se hallaba recluida la señora Kellerman. Tuve que cruzar todo Detroit prácticamente para llegar a ella.

Detuve mi coche en Evergreen Road, a la altura de West Chicago. Se veía desde allí un hermoso campo de golf, el Rouge Municipal, junto al río Rouge. Frente a aquellas bellas zonas de verde césped bien cuidado y perfectamente regado por aspersión como pude comprobar en esos momentos, un edificio plano, de sólo dos plantas, de moderna arquitectura funcional, aparecía rodeado por una cerca en la cual se leía el distintivo del establecimiento en

una amplia placa de mármol con letras doradas:

ANDERSEN MEDICAL CENTER

No me impidió nadie la entrada hasta llegar a recepción. Allí, una enfermera me preguntó adónde iba y le pedí hablar con el doctor Andersen. De inmediato disculpó al mismo, pretextando su excesivo trabajo, y remitiéndome a un tal doctor Wanden que podrá atenderme en su nombre. Le mostré mi credencial y la cosa cambió radicalmente.

Se excusó, conectó el teléfono y un minuto más tarde estaba estrechando la mano de un hombre alto, delgado, de sienes canosas, facciones afiladas y expresión amable, vestido con una corta bata blanca. Me hizo sentar en su despacho y preguntó cortésmente:

—¿A qué debo el honor de que el FBI se ocupe de mis asuntos? Si es cuestión de impuestos, le aseguro que pago religiosamente cuantos me corresponden...

—No, no se trata de eso, doctor Andersen —rechacé con una sonrisa—. No pertenezco al Fisco, sino a la oficina de investigación de casos de jurisdicción o de seguridad nacional.

—¿Seguridad nacional? —Enarcó las cejas, perplejo—. Aún lo entiendo menos.

—Es muy simple. Existen razones para que estemos investigando de nuevo el caso Kellerman, algo sucedido hace quince años, y que se daba por cerrado.

—¿El caso Kellerman? —Frunció el ceño—. Temo no recordar nada de eso, señor Serling.

—Intentaré refrescarle la memoria, doctor. Elizabeth Kellerman dio a luz en este centro, tras ser víctima de un secuestro que por entonces resultó muy sonado. Los raptos fueron miembros de un llamado «Comando Zeta», de tipo político—terrorista, y la infortunada mujer, aunque liberada de sus captores, abortó y perdió su hijo aquí, según consta oficialmente. Usted mismo se ocupó del caso, creo.

El doctor Andersen negó suavemente con la cabeza. Sus ojos parecían tener ahora un leve destello de comprensión.

—No, yo no —negó—. Fue mi hermano Dermott quien se ocupó de ella, porque entonces era quien dirigía la clínica y, en especial, el Departamento de Ginecología. Yo soy Clyde Andersen, y entonces

aún no me ocupaba de este Centro. Sólo trabajaba como interno en un hospital de Nueva York, para terminar después viniendo aquí a suplir a mi hermano.

—Entiendo. ¿No puedo hablar con él?

—Desgraciadamente, no. Nadie puede hacerlo. Murió hace seis meses, señor Serling.

—Oh, de veras lo siento. No tenía la menor idea, doctor...

—Sí, le comprendo muy bien —sonrió desgraciadamente—. Como ve, no soy el hombre adecuado para hablarle de aquello, pero imagino que en los ficheros del Centro constarán todos los detalles sobre el caso. Espere un momento —pulsó un timbre, y una enfermera acudió a su llamada.

Me quedé sin aliento. Al lado de la atractiva Nancy Hawkins de la clínica psiquiátrica, era como una bomba junto a un inofensivo dulce. La mujer de blanco uniforme que acababa de entrar en la consulta personal del doctor Clyde Andersen era una hembra de campeonato. Alta figura, curvas sinuosas, unos senos que se disparaban hacia adelante como dos proyectiles, amenazando perforar su almidonada bata, y unas piernas largas y bien torneadas, a las que las medias de un suave blanco vaporoso aún daban más realce. Era intensamente rubia, tal vez teñida, y poseía unos labios carnosos y sensuales que provocan cierta excitación involuntaria.

—¿Sí, doctor Andersen? —preguntó, solícita, dirigiéndome una ojeada impersonal.

—Señorita Ward, el señor Serling es de la Oficina de Investigación Federal. Le ruego le atienda en todo lo posible. Necesita los datos clínicos sobre una paciente llamada Elizabeth Kellerman, que sufrió un parto con aborto aquí, en nuestro Centro, hace unos quince años. Al parecer, mi hermano, el doctor Dermott Andersen se ocupó personalmente del asunto. Facilítele al señor Serling cuanto conste en el fichero.

—Sí, doctor —asintió ella disciplinadamente. Me dirigió ahora una mirada más directa para invitarme con su voz ronca, casi susurrante—: ¿Quiere verlo ahora mismo, señor?

—Me gustaría —asentí, poniéndome en pie y tendiendo la mano al doctor Andersen—. Gracias por su amabilidad, doctor.

—Oh, de nada. Si puedo serle de alguna ayuda en el asunto que lleva entre manos, me sentiré muy satisfecho. Por cierto, ¿cómo se

encuentra la señora Kellerman actualmente?

—Sobrevive. Pero en penosas condiciones. Está recluida desde hace muchos años en la clínica del doctor Valen tiñe.

—Valentine... Andersen arqueó sus canosas cejas. —¡Está acaso...!

—Loca, no. Pero bastante trastornada por lo que he visto. Aquel feo asunto la trastornó gravemente. No sé si el secuestro, el aborto, la muerte de su marido en Vietnam... o todo ello junto.

Hice una cortés inclinación tras estrechar su mano en despedida, y seguía mareante ondulación de curvas que era la enfermera Ward al caminar delante mío. Si por delante causaban asombro sus senos, por detrás eran sus nalgas prominentes las que provocaban admiración.

El camino por desgracia fue breve. Me introdujo en una oficina fría y aséptica, repleta de armarios metálicos de color blanco. Tras preguntarme el nombre de la paciente, buscó en la letra K, hasta dar con un *dossier* que extrajo, consultando su cubierta escrita a máquina.

—Kellerman, Elizabeth —recitó—. Año 1968. ¿Es esto, señor Serling?

—Sí, gracias —asentí—. Es un asunto muy viejo ya. ¿Le sorprende?

—Yo no tengo por qué sorprenderme de nada —declaró la enfermera encogiéndose de hombros y tendiéndome el *dossier*—. Estoy aquí para trabajar, no para reaccionar de ninguna forma personal ante tos casos clínicos del establecimiento.

—Sí, comprendo —asentí, yendo hasta una mesa donde me senté, para abrir el *dossier* y revisar los datos allí archivados.

La enfermera se quedó en pie, mirándome. Repasé tos análisis clínicos de la paciente, los datos sobre su corta estancia en la clínica, los documentos firmados por el doctor Dermott Andersen y todo lo demás. Al terminar, sabía tanto como cuando llegué. Aquello no aclaraba gran cosa. El hijo de Elizabeth Kellerman hatea nacido prematuramente, con dos meses de antelación, y estaba ya muerto cuando llegó a este mundo. El aborto resultó complicado y doloroso para la paciente, según los datos allí recogidos por el difunto doctor Andersen, el ginecólogo. Allí se hacía constar que la señora Kellerman jamás podría volver a tener hijos ya, dados los

graves daños sufridos en el hecho.

Cerré el *dossier* con un suspiro, devolviéndoselo a la enfermera Ward. Ella lo tomó, reintegrándolo a su sitio. Me miró, mientras cerraba el archivo. Yo procuré desviar mis ojos de la punta de sus senos para dirigirlos a los suyos.

—¿Es todo? —indagó ella.

—Sí, señorita. Es todo, gracias —asentí—. No me resuelve gran cosa, pero es cuando puedo encontrar aquí, a fin de cuentas. No se habla demasiado del niño muerto, en ese *dossier*.

—Rara vez se hace —encogió sus hombros—. Si nació muerto, se le entierra y se acabó. A veces, incluso, es sólo un feto informe que se arroja a la basura. Así son las cosas en un centro médico.

—¿Qué diría usted si la confesara que hay alguien por el mundo diciendo que es el hijo de esa mujer, aunque ahí diga que nació muerto? —la espeté, pensativo.

Ella arqueó sus doradas cejas con perplejidad. Luego sonrió.

—Hay mucho chiflado que dice tonterías. Medio mundo está loco —dijo—. Pero tampoco se puede desdeñar la posibilidad de que una ficha médica esté equivocada.

Lo dijo de un modo raro. Como insinuando algo inconcreto. La miré más profundamente. Caminé hacia ella. Me detuve en el sitio justo para que la extremidad de sus dos poderosos pechos no me rozase.

—¿Eso qué quiere decir exactamente? —me interesé.

Ella miró a su alrededor. En ese momento, un joven enfermero o médico —a mí todos me parecen iguales con sus blancas batas, yendo y viniendo por un hospital—, entró a consultar algo, limitándose a gruñir entre dientes un saludo.

Se inclinó hacia mí la enfermera Ward. De tal modo que esta vez sí me tocaron sus senos. Eran duros y firmes como tallados en piedra.

—Aquí no es el sitio más adecuado para hablar de eso —susurró—. ¿Qué tal si nos vemos cuando deje el servicio esta tarde?

Era toda una sugerencia. No sabía en qué sentido la hacía, pero valía de todos modos. Asentí rápido.

—Vale —dije—. ¿A qué hora?

—A las siete en punto. Hay un aparcamiento al otro lado de la avenida. Espéreme allí. Es posible que pueda darle alguna

información especial.

—No faltaré, señorita Ward.

—Llámame Andrea —sonrió voluptuosa—. Es mi nombre y me gusta, señor Serling.

—Conforme. El mío es Scott y tampoco está mal.

—Hasta luego, Scott.

—Hasta las siete, Andrea.

CAPÍTULO V

Vestida de calle era aún más impresionante. Su ceñido jersey, bajo la chaqueta clara de entretiempo, no hacía sino acentuar las medidas y contundencia de un busto realmente sobrecogedor. Su falda se ceñía a sus curvas como una piel, resaltando todo lo que había que resaltar, que era mucho.

Cuando se sentó a mi lado en el asiento delantero, su falda remontó las piernas, ahora ceñidas por medias color humo, y pude admirar el inicio de unos muslos realmente hermosos. Me tembló ligeramente la mano al poner el coche en marcha aunque no soy precisamente un novato en esas cuestiones.

—¿Adónde? —indagué.

—Tú dispones, Scott —rió melosa, pegando su pierna a la mía—. Cualquier sitio que esté lo bastante lejos del Centro como para no encontrarnos con nadie conocido. Lo que estoy haciendo no es ético. Tenemos prohibido dar información suplementaria incluso a la policía. Supongo que el FBI estará incluido en ese apartado.

—Supongo que sí —sonreí, arrancando suavemente en dirección al Este de la ciudad—. ¿Estás cometiendo alguna infracción grave por ayudarme?

—Así es. Si el doctor Andersen supiera que llevo conmigo algo de los archivos —tocó significativamente su bolso de considerable tamaño—, me despediría mañana mismo.

—¿Por qué te arriesgas tanto? No me conoces de nada. Y supongo que no lo harás por amor al FBI...

—No, claro que no. Cuando una hace algo, siempre espera recibir algo a cambio.

—Entiendo —suspiré—. ¿Cuál es tu precio?

—Fíjalo tú mismo —me invitó, mirándome con fijeza.

Conduje por Plymouth Road hacia Grand River, reflexionando sobre lo que ella había dicho.

—Depende mucho del material que me facilites —dije al fin, cuando rodábamos por Davidson Freeway, en dirección a Highland Park—. Pero si resulta de interés para mi investigación, podría llegar hasta los dos mil dólares.

—¿Sólo eso? —Me miraba con aire frustrado.

—Oye, nena, exiges mucho, y ni siquiera sé lo que me traes —protesté.

—Tal vez te traigo la evidencia de que, después de todo, el hijo de Elizabeth Kellerman exista realmente.

Me quedé de una pieza. Resoplé, doblando a la altura de John C. Londge, para enfilar el Gran Boulevard y dirigimos a un restaurante muy pintoresco y discreto que yo conocía en Hamtramck.

—Si es así, consultaría a mis superiores. Tal vez pudiera llegar hasta los tres mil —admitió ceñudo.

—No me refería a eso —rió de buen humor, encendiendo un cigarrillo sin parecer importarle que su falda hubiera subido unas pulgadas mis, remontando sus muslos y permitiéndome ver una panorámica fascinante de aquellas espléndidas piernas.

—¿A qué, entonces?

—Me conformaré con esos dos mil que dijiste, Scott. Sólo que...

—¿Qué?

—Bueno, ¿no te gusto lo suficiente como para pagarme de un modo más generoso mi favor? —Y esta vez me miró descaradamente, echándome el humo al rostro y adelantando su torso de forma que resaltasen más aún las prominencias exultantes de sus pechos ceñidos por la lana.

—Nena, eso es otra cosa —resoplé—. No necesitas pedirme algo así como premio. Seré yo el premiado, en todo caso...

Un semáforo en rojo nos detuvo. Papá. Ella aprovechó para inclinarse hacia mí y poner sus labios en los míos. Fue un contacto blando y húmedo que me excitó. Sentí su lengua en mi paladar. Y sus pechos apretándose contra mi torso. Era incitante y lo sabía. Mi presión arterial debía de estar a punto de estallido.

—Entonces, no hay más que hablar —susurró, apartándose con maliciosa sonrisa—. Me gustas, Scott. Me gustaste desde que te vi en el despacho del doctor Andersen. Y me dije que serías para mí de

alguna manera. Me alegra que no haya sido tan difícil, después de todo...

Y así fue. No resultó nada difícil con una mujer como Andrea Ward. No fuimos muy generosos con ella. Pero debo admitir que también ella lo fue conmigo.

Era insaciable. Una especie de máquina de hacer el amor. No resultaba desagradable el hecho, ni mucho menos. Y aunque parte de mi mente estaba fija aún en el caso Kellerman y sus extrañas circunstancias, lo cierto es que procuré dar satisfacción plena a aquella hembra ardorosa, capaz de devorar a un hombre con la mayor facilidad del mundo.

Realmente, la velada mereció la pena. Cuando hicimos el primer alto era ya de madrugada y, por fortuna, pude encontrar en un establecimiento cercano, de los que no cierran en toda la noche, emparedados, cerveza y café. Mientras reponíamos fuerzas los dos, Andrea me mostró lo que llevaba en el bolso.

Eran las fotocopias de un *dossier* del archivo clínico del Centro Anderson. Las examiné con gran interés, mientras ella paseaba desnuda por la habitación su increíble figura, mordisqueando un emparedado entre trago y trago de café.

—Esto se refiere a una tal Vivian Crimson —dije—. Data del mismo mes de 1968 en que estuvo internada allí la señora Kellerman...

—Así es —afirmó ella—. Sigue leyendo, querido.

Seguí. Según aquellos documentos, la señora Crimson había dado a luz el mismo día en que abortara Elizabeth Kellerman, y ocupaba la habitación 113 de la clínica del doctor Anderson, cuando la señora Kellerman había ocupado precisamente la número 111, justo al lado. Esa casualidad se extendía, curiosamente, a otro factor bastante decisivo: ambas mujeres ingresaron al unísono en los quirófanos, la una por su parto prematuro con serias complicaciones, y la otra por precisar una intervención del parto distócico que padecía. Mientras la señora Kellerman, oficialmente, daba a luz un feto sin vida, Vivian Crimson era felizmente madre de una criatura solo dos horas después de comunicarse el fallecimiento previo del hijo de los Kellerman.

El niño —porque niño había sido—, fue llamado Jeremy, y su padre, Damien Crimson, estuvo presente en la clínica el día del

nacimiento de su bebé. Eso era todo lo que constaba allí, junto con un certificado final, firmado por el propio doctor Dermott Andersen, que me dejó helado.

La señora Crimson, de resultas del parto, fallecía de una hemorragia imprevisible la misma noche siguiente al día en que diera a luz a su hijo Jeremy. Ésa era toda la historia clínica. Cerré el *dossier*, algo afectado.

—Un triste dato bajo cuya frialdad burocrática encierra todo un drama —murmuré, alzando mis ojos hacia la desnudez turgente de Andrea.

—Así es. La clínica está llena de hechos así, junto a otros que son sólo simple anécdota, por no surgir complicaciones en ningún momento.

—Sí, supongo que eso sucede en todos los centros médicos del mundo —suspiré—. ¿Por qué me facilitas esta información? ¿Qué relación tiene con la señora Kellerman y su aborto?

—Tal vez mucha —se inclinó. Sus senos desnudos bambolearon ante mí, colgando como dos potentes globos carnosos. Señaló el *dossier* y añadió—: Yo entonces no estaba en el Centro, por supuesto. Sólo llevo allí un año. Pero mi antecesora en el puesto, la enfermera Riordan, me dijo antes de despedirse que ella nunca estuvo segura de que las cosas fuesen como constaban en el fichero de archivo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Supongo que ya lo imaginas —rió, burlona, sentándose en mis piernas con total desenvoltura—. Eres un policía del FBI, ¿no? Se dice que sois casi genios.

—Exageran. Pero empiezo a intuir algo, aunque diste mucho de ser un genio. ¿Hay alguna sospecha cierta sobre la posibilidad de un trueque de bebés?

—Caliente, caliente —asintió, con una carcajada, rodeándome con sus brazos y apoyando mi barbilla en el mostrador respetabilísimo de sus senos—. La enfermera Riordan estaba dispuesta a jurar que el niño de la señora Crimson nació muerto. Y que no tenía la menor evidencia clara de que hubiera sucedido lo mismo con el de la señora Kellerman. Por eso, cuando te vi hoy en la consulta del doctor Anderson y te oí hablar de ese caso, recordé de inmediato las confidencias de mi colega.

—Según eso... Jeremy Crimson sería, realmente, Terence Kellerman, el niño que nunca nació de modo oficial.

—Sí.

—Y el feto muerto, sería el niño de los Crimson, no el de los Kellerman.

—Exacto.

—Y todo eso, ¿por qué? —me extrañé, totalmente desorientado.

—No lo sé —ella se encogió de hombros—. Recuerda que yo no estaba allí hace quince años, sino estudiando en un colegio de Illinois y dejándome meter mano por todos los compañeros de clase, deslumbrados por el volumen de mis senos.

—Pero eso es un delito, Andrea. Además, si alguien tenía dinero era precisamente un amigo de la señora Kellerman, su protector, Desmond F. Vardy.

—Ya te digo que ignoro las razones que pudieran existir para un trueque semejante, si es que llegó a existir en realidad. Es cosa tuya averiguarlo, querido. Yo no puedo hacer más que poner en tus manos ese material. Guarda esas fotocopias. Si me las encontraran a mí encima, podría serme fatal para mi empleo.

—Sí, entiendo. Gracias por el informe —suspiré—. Tengo que extenderte el cheque por dos mil dólares. Tú material puede ser importante para nosotros.

—Olvida de momento eso. Ya me pagarás luego —me estrujó contra ella, ardorosa—. Ahora volvamos a la cama, querido mío...

Era imposible resistirse a esa invitación. De modo que volví con ella al lugar que deseaba. Después de todo, formaba parte de mi pago por aquellas posibles evidencias de una grave irregularidad médica en el Centro Andersen, quince años atrás.

* * *

Todavía me duraban los efectos de la resaca amorosa de la noche anterior cuando logré localizar a Damien Crimson a través de los inagotables recursos de la Oficina Federal de Investigación.

Después de un copioso desayuno, aún tuve que tomarme un par de cafés y unos comprimidos de vitaminas, antes de sentirme regularmente recuperado en mis fuerzas, al menos lo suficiente como para poderme concentrar un poco en mis asuntos

profesionales.

De ese modo, tuve la clarividencia suficiente para solicitar la ayuda del Departamento Fiscal, que es uno de los que mejor controlan a los millones de ciudadanos americanos, estén donde estén y hagan lo que hagan. El fisco es un pulpo de un millón de tentáculos, capaz de encontrar la famosa aguja en el menos célebre pajar, con sólo pulsar unas pocas computadoras. Me alegré en ese momento de estar en paz con las arcas del tío Sam. Daba escalofríos ver con qué fría y matemática precisión, las monstruosas máquinas fiscales detectaban a cualquier ciudadano con una inexorable exactitud.

La ficha reflejada en la verde pantalla fluorescente del computador, me reveló que el ciudadano Damien Crimson, residente en Detroit en 1968, ahora ocupaba un cargo directivo en una empresa de plásticos en Chicago. Por tanto, en cierto modo estaba a un tiro de piedra de mí. Saltar de Detroit a Chicago era cuestión de poco tiempo en coche o de un brevísimo viaje en avión.

Elegí este último medio para ir en busca de mi hombre. Quería llegar cuanto antes al fondo de la cuestión. La posibilidad de que Terence Kellerman no fuese después de todo, una sombra perdida en el limbo de nunca jamás, era demasiado excitante y alentadora como para dejar de lado aquel aspecto del tortuoso y sangriento caso que yo estaba investigando.

Cierto que muchas cosas se mostraban aún tremendamente oscuras ante mí, como lo era la extraña causa que pudo obligar al difunto doctor Andersen a cambiar los bebés de dos mujeres parturientas en el mismo día y hora, así como a imaginarse un motivo medianamente lógico que justificara en parte los crímenes últimamente habidos en la ciudad.

Pero si existía la más mínima posibilidad de aferrar el extremo de un débil hilo que pudiera conducir al desenredo del siniestro ovillo, esa posibilidad sólo podía estar en estos momentos en un sitio: Chicago.

Por ello emprendí aquel viaje de inmediato, sin saber que con ello me lanzaba a tumba abierta a un nuevo abismo de sangre, de horror y de muerte que iba a dejarme indeleble el resto de mi vida.

Damien Crimson figuraba como empleado de la empresa de plásticos Michigan Plástic Center, situada en un edificio comercial de Pershing Road, a la altura de Western Boulevard. Allí, una empleada de uniforme color naranja, con el distintivo de la empresa sobre uno de sus bien marcados senos, me informó, tras consultar un ordenador, que el señor Damien Crimson, del Departamento de Ventas, se hallaba esos días de vacaciones por sus empleados para facilitar direcciones particulares, pero la exhibición de mi credencial y una llamada breve a un alto ejecutivo, hizo el milagro de la excepción. Me facilitó las señas, tras otra consulta al ordenador, que por lo visto era el almacén de datos de todo cuanto se relacionase con la empresa.

Damien Crimson no vivía cerca de allí precisamente, sino todo lo contrario. Tuve que recorrer una buena parte de Chicago en taxi, para llegar finalmente a Wilmette, ya en los límites norte de la ciudad, no lejos de la estación de guardacostas del lago Michigan. Una casita, en Lake Street, junto a los sicomoros de Indian Hill, ostentaba en su cerca un buzón con el número 1750. Era la dirección que me habían facilitado como perteneciente a Damien Crimson.

Contemplé el lugar, desde el lado externo de la valla. Un edificio pequeño y acogedor, rodeado de unos setos y con brillantes azaleas en sus ventanas. Un hogar encantador, sin duda alguna, para compartirlo un viudo con un hijo adolescente.

La puerta de la cerca estaba solo entornada, de modo que la crucé sin quebrantar ley alguna, y caminé hasta el pequeño porche de la casa, pulsando luego un timbre. Esperé, oliendo el aroma de las flores, la tierra humedecida por una llovizna reciente y el grato olor a hierba y arbustos mojados. Nadie atendió la llamada. Pensé, frunciendo el ceño, que posiblemente Crimson hubiera aprovechado sus vacaciones para irse de la ciudad con su hijo. Me disgustó la posibilidad de haber hecho el viaje a Chicago estérilmente. Repetí la llamada dos veces más con idéntico resultado, y sacudí la cabeza, malhumorado, hundiendo mis manos en los bolsillos.

En ese momento, una voz sonó a mis espaldas:

—¡Eh, usted! ¿Qué hace ahí?

Giré la cabeza. Un hombre, en la puerta de la cerca, me contemplaba curiosamente. Llevaba un mono azul, camisa *beige* y

unas podadoras en la mano. Se tocaba con un sombrero de paja bastante gastado.

Busco al dueño de la casa —dije—. ¿No vive aquí Damien Crimson?

—Vivía —rectificó el hombre con sencillez.

—En la empresa donde trabaja, me dijeron que vive aquí y está de vacaciones...

—Sé cómo actúan esas empresas, señor —suspiró el hombre, caminando hacia mí por el sendero de grava húmeda—. Seguro que todo lo tienen en un ordenador, ¿no?

—Y tanto —asentí, mirándole pensativo—. ¿Por qué lo dice?

—Se les habrá olvidado consignar allí los datos correspondientes, y una empleada cualquiera se limita a pulsar unas teclas buscando información. Si el programador no la ha hecho constar aún, sale lo que se grabó allí meses atrás. Y si la empleada no conoce a la persona por quien pregunta, cosa lógica en una firma que agrupa a más de tres mil personas, peor aún.

—Entiendo por sus palabras que está sugiriendo la posibilidad de un error en la computadora.

—No hay otra explicación, señor —dijo el desconocido. Señaló a su derecha—. Yo ocupo la casita de al lado. Conocía bien al pobre Damien. Y no necesito computadoras para poder dar una respuesta sensata. El ha muerto, ¿no lo sabía?

Me quedé de una pieza. Miré al hombre, abatido. Moví la cabeza negativamente.

—No —dije—. No lo sabía. ¿Cuándo ocurrió?

—Hace sólo siete días. Le enterramos el lunes pasado. La compañía ni siquiera se ha preocupado aún de darle por muerto en su ordenador del demonio. Y eso que algunos compañeros suyos de trabajo e incluso un jefe estuvieron en el funeral. Pobre Damien...

—¿De qué murió? —quiso saber bruscamente, presa de un recelo indefinible.

—De lo que tanta gente muere hoy en día, amigo. El dichoso progreso. Un coche le atropelló ahí mismo, frente a su casa, cuando regresaba de un día de pesca. Le arrolló, matándole en el acto, y el muy salvaje ni siquiera se detuvo a prestarle ayuda.

—¿Escapó el autor del atropello?

—Asá es. El muy bastardo...

—¿No saben entonces quién le atropelló?

—No, no lo sabemos —miró curiosamente hacia mí—. Pero ¿por qué pregunta todo eso, señor?

—Esto se lo aclarara —le mostré mi credencial—. Era importante que hablara con Damien Crimson... ¿Sabe algo del paradero de su hijo?

—¿El joven Jeremy? Claro. Se fue con unos parientes. No iban a dejar sola aquí a la pobre criatura...

—¿Estaba muy afectado por la pérdida de su padre?

—Aparentemente, no. Es un muchacho raro. Serio, introvertido. Siempre parece ausente. Estaba taciturno, eso era todo. No le vi derramar una lágrima, pero eso a veces significa nada, señor... er... señor Serling.

—No, claro. ¿Sabe con qué pariente se fue y adonde?

—Bueno, sé que eran tíos suyos. Una pareja de edad avanzada, muy agradables los dos. Les saludé durante la ceremonia fúnebre, eso fue todo. No, no sé a dónde irían. Oh, sí, espere...

—¿Y bien? —Le miré, expectante, mientras el hombre se rascaba la cabeza.

—Sí, la señora mencionó algo. Ni siquiera lo recordaba. Acariciaba la cabeza del niño y le dijo algo así como: «Lo vas a pasar muy bien en Iowa. En Cedar Rapids tenemos hermosos ríos, lagos y torrentes, bosques y paisajes hermosos...». Eso dijo, lo recuerdo ahora muy bien, aunque entonces no le presté gran atención.

—Cedar Rapids, Iowa... —asentí, apuntando con rapidez—. No sabrá si ellos se llaman también Crimson...

—No, no. Ella, sí, porque era prima o algo así del pobre Damien. Pero su nombre de casada era... era Burger. Eso es, Burger.

—Los Burger —anoté—. Gracias, amigo. Me está usted ayudando mucho. Una última pregunta, aunque le parezca rara.

—Si puedo contestarla...

—¿Dónde estaba el niño cuando atropellaron a su padre?

—No lo sé. Creo que no estaba en casa. Cuando regresó del colegio o de jugar, se encontró con que se habían llevado el cadáver de su padre a la Morgue.

—Gracias —dije, cerrando mi agenda y echando a andar hacia la calle—. Ha sido muy amable. Trataré de encontrar a los Burger en

Iowa.

—¿Se trata de algún asunto serio? ¿Algo relacionado con el FBI? —indagó el hombre.

—En cierto modo, sí. Bien, le dejo —caminé unos pasos. Luego me volví y le pregunté, como por simple rutina—: Supongo que el joven Jeremy será muy parecido a su padre...

—¿A Damien? En absoluto —rechazó el hombre, riendo—. Damien era moreno y chaparro. Jeremy es flaco, rubio, de ojos claros... Supongo que se parecería a su madre, a quien nunca conocí. Creo que murió al nacer él, en Detroit...

—Sí, así es —asentí—. Debe ser la imagen de su madre... imagino.

Y caminé hacia una cercana parada de taxis, tratando de recordar si aquel retrato de Jeremy —¿o de Terence Kellerman, quizá?—, respondía a la imagen que yo tenía de la otra posible madre, Elizabeth Kellerman.

Sólo recordaba un rostro rugoso, cabellos blancos, ojos grises y desvaídos... Sí, puede que la Kellerman hubiera sido como decían. Me era posible evocar una vieja fotografía de una mujer de considerable atractivo, cabello claro, tez suave...

Sí, posiblemente fuese más parecida ella que la difunta Vivian Crimson al niño que yo estaba buscando. Pero lo que no podía olvidar era que aquel niño igual podía ser el hijo de los Crimson que el de la Kellerman. Y que era posible que ahora, en Iowa, con una pareja de viejecitos afables, un monstruoso muchacho asesino estuviera planeando algún próximo horror.

Me detuve en un restaurante a comer algo, antes de tomar un avión hacia Iowa, para reunirme con los Burger. Algo me decía que cuanto antes localizase al joven Jeremy Crimson, tanto mejor para todos.

El nuevo impacto brutal lo sufrí cuando almorzaba, con la mirada distraídamente fija en la pantalla de un televisor que transmitía un boletín de noticias. Repentinamente, una fotografía de mujer, un rostro que me era familiar, apareció en la pantalla.

Y la voz del locutor informó:

—En Detroit ha aparecido el cadáver de una hermosa mujer, asesinada brutalmente. Toda su habitación aparecía bañada en sangre, y sobre la pared, alguien había trazado con sangre un

nombre: Terence K. El nombre de la víctima de este nuevo crimen, atribuible según todos los indicios a un sádico que ya cometió otros varios, era el de Andrea Ward, enfermera de una clínica de la ciudad...

El tenedor cayó de mi mano, golpeando con fuerza el plato. Varios comensales se volvieron a mirarme. Yo ni siquiera les presté atención. Seguía con la mirada fija en la pantalla del televisor, en el rostro de la rubia belleza con quien había compartido poco antes las horas de toda una noche.

Otra vez había sucedido. El asesino fantasma caminaba siempre muy cerca de mí. Demasiado cerca. Empezaba a sentirme incómodo, como vigilado. Acechando desde la sombra por los ojos demoníacos de un ser que, en teoría, ni siquiera había llegado a venir a este mundo.

Andrea, la infortunada Andrea, había pagado cara su ayuda en la obtención de datos sobre Jeremy Crimson. Ya nunca más haría feliz a hombre alguno con su ardoroso temperamento y su majestuosa figura.

En ese momento, sentí un odio feroz, irracional, por aquel niño demoníaco, escondido en alguna parte. Un niño monstruoso que se movía con pasmosa facilidad y rapidez a lo largo del país. Me pregunté si estaría siquiera en Iowa. Si vivirían aún los Burger, sus actuales protectores...

Y más aterrado que nunca, me apresuré a comunicar inicialmente por teléfono con la policía de Cedar Rapids, Iowa, antes de tomar el vuelo hacia esa población.

CAPÍTULO VI

Se llamaban Wanda y Edwin Burger.

Por fortuna, aún estaban vivos y bien vivos. Los dos de rostro afable, cabello canoso, expresión simpática y risueña, tenían esa adorable sencillez de la gente de provincias, aún sin malear por el ambiente dañino de las grandes urbes y la deshumanización de sus habitantes.

Se quedaron mirando mi credencial con sorpresa, cuando llegué a la pequeña casita campestre, situada en una zona residencial de Cedar Rapids, casi en las afueras, y rodeada ciertamente por una campiña verde y jugosa que aún hacía pensar en la Naturaleza como algo no del todo adulterado por el ser humano y su bárbaro afán de contaminación. Alrededor de la casa, varios coches-patrullas aparcados, y agentes de uniforme, rompían lamentablemente el aire bucólico del lugar. Los dos se mostraban como anonadados y aturridos por aquel alarde policial en torno a sus personas.

—Señor Serling, no logro entender lo que sucede aquí... —me expuso Edwin Burger con tono dolorido—. Todo este jaleo, esta confusión... ¿Es que hemos hecho algo malo?

—Cielos, claro que no, señor Burger —me apresuré a tranquilizarle—. ¿Es que el teniente Copland, de la policía local, no se lo ha explicado ya?

—Sí, por supuesto. Me ha referido que recibió una llamada federal desde Chicago, pidiendo la localización urgente de los Burger, familia de Damien Crimson, y del hijo de éste, Jeremy. Nosotros somos esas personas, pero el teniente tampoco nos ha querido explicar más; diciendo que esto lo hace por nuestro bien, y que debíamos esperar a su llegada, señor Serling, para saber exactamente lo que ocurría.

Asentí, mirando a aquel hombre apurado que rodeaba ahora con brazo protector a su no menos asustada esposa, la buena señora Burger, aquella viejecita afable, de pelo blanquísimo y ojos dulces.

—Lo va a saber en seguida. Señor Burger, ¿dónde está Jeremy ahora?

—Eso quisiera saber yo —resopló el hombre, moviendo la cabeza con disgusto.

—¿Cómo? —Me sobresaltó, mirándole con renovados temores.

—Lo siento mucho, pero no creo que sea él la causa de todo este revuelo...

—Puedo asegurarle que, en gran parte, sí —afirmé, rotundo—. Debemos proteger al muchacho de cualquier peligro, entiéndalo. Y tenemos motivos para pensar que hay alguno que le acecha en estos momentos —terminé, mintiendo cínicamente.

—¡Dios mío, Edwin, te lo dije! —se quejó amargamente su mujer, aferrándose a él—. Debimos decírselo antes. No debimos callar...

—Callar, ¿el qué? —Traté de apremiarles.

—Verá, señor Serling —el dueño de la casa parecía realmente agobiado por algo que pesaba sobre él como una losa—. Lo cierto es que Jeremy desapareció justamente al día siguiente de traerle aquí con nosotros.

—¿Desapareció? ¿Hace casi una semana? ¿Y no han denunciando ustedes esa desaparición? —Les miré con duro reproche.

Ellos se miraron entre sí, apurados, y luego negaron con la cabeza. Parecían realmente hundidos en su propia angustia y remordimiento.

—Verá... Cuando íbamos a denunciar su desaparición, nos llamó por teléfono. Dijo que se había marchado de la ciudad y que no nos podía decir dónde estaba. Su voz sonaba lejana, eso sí. Afirmó que la muerte de su padre le había trastornado y quería estar solo un tiempo, sin nadie al lado. No debíamos temer por él, porque tenía dinero suficiente y sabía lo que tenía que hacer. Ya no era un niño, nos dijo. Aseguró que nos llamaría cada día para tranquilizarnos, y que su ausencia no duraría más de ocho o diez días. Pero que si se nos ocurría denunciar a la policía su evasión, sería capaz incluso de matarse, antes de dejarse coger, y nos odiaría hasta morir sólo por

eso. En cambio, callando nosotros, él volvería y sería dócil y obediente con nosotros por el resto de nuestra vida. Dudé mucho, pero no denuncié el hecho. Y él ha cumplido su palabra, telefoneándonos día tras día y asegurando que nada le sucedía y que todo iba bien. ¿Cree que no es así? ¿Por qué nos ha engañado entonces? ¿Tal vez está en poder de alguien y le obligan a decir todo eso por teléfono? Por el amor de Dios, señor Serling, tenga piedad de nosotros y díganos lo que le ocurre...

—Tal vez nada, cálmense —traté de apaciguarles, compadecido por ellos dos—. No sucede nada de momento, que sepamos. Pero existe la posibilidad de ese riesgo que le cité, por eso estamos aquí. Tenemos que dar con él antes de que sea demasiado tarde, y sólo le ruego que si sabe algo, si posee alguna pista de su paradero, por leve que ella sea, nos la haga saber lo antes posible, señor Burger. Puede ser cuestión de vida o muerte para Jeremy, recuérdelo bien.

—No necesita repetírmelo. Lo malo es que nada sé. Nada de nada.

—¿Está totalmente seguro de eso?

—Por completo, señor Serling. Ni una sola vez dijo dónde estaba. Pero es obvio que hacía la llamada a larga distancia.

—Entiendo. ¿Cuándo tiene que llamar hoy, si es que no ha llamado?

—Habitualmente llama a eso de la hora de la cena —suspiró el viejecito—. Si hoy hace lo mismo, no puede tardar. En todo caso, dentro de una hora lo más tardar...

—Bien. Esperaremos esa hora. Procure entretenerle lo más posible. Estaremos con una serie de cosas para intentar localizar el origen de esa llamada. Que no sepa que estamos aquí la policía y el FBI, eso es vital. No muestre preocupación ni temor, sólo el habitual desde que el niño se evadió de casa. Esperemos que así se consiga algo...

El anciano asintió, inquieto, preocupado, mirándome con cierto recelo. Era evidente que intuía en todo aquello algo más de lo que yo le había dicho. Creo que si no me lo preguntaba, era porque en el fondo tenía miedo de saber la verdad. Se limitó a decir con voz débil, insegura, apretando con fuerza la mano de su esposa:

—Hay... hay un supletorio del teléfono en la cocina. Si quiere usted escuchar desde allí la llamada...

—Sí, gracias —asentí—. Voy a avisar a los agentes para que, entretanto, intenten la localización de la llamada, sea desde donde sea.

El teniente Copland, de Homicidios, ya había tomado sus precauciones, haciendo avisar a una furgoneta especial para detección de llamadas telefónicas y advirtiéndolo a las operarias de la central telefónica de Cedar Rapids para controlar cualquier llamada a los Burger, ya fuese local o a larga distancia, e incluso automática. Era un eficiente oficial de policía, y me sentí satisfecho por su eficaz cooperación en aquel asunto.

—Ahora, confiemos en que ese muchacho llame —me dijo cuando todo estuvo a punto, consultando su reloj impaciente—. Cielos, pensar que todo esto lo organiza un simple crío de quince años... ¿Está seguro, Serling, de que puede ser un asesino con tres crímenes sobre sus espaldas?

Me encogí de hombros, mirando en derredor y comprobando que estábamos solos en la cocina de la casa, junto al teléfono supletorio adosado al muro, y respondí con tono incierto:

—Yo no he visto personalmente a esa niña, teniente. Pero he oído su voz, me han descrito cómo es, y podría suceder que fuesen cuatro y no tres los asesinatos que ha cometido. Damien Crimson murió oficialmente —atropellado por un coche que se dio a la fuga, pero eso también pudo ser un crimen.

—Dios mío, resulta demoníaco, enloquecedor... —balbuceó el policía de Iowa que, a no dudar, jamás se había enfrentado con algo tan horrible.

En ese momento, sonó el timbre del teléfono. Nos quedamos mirándonos fijamente, mientras la llamada se repetía. Luego, Copland salió de la cocina como una exhalación. Yo me asomé al saloncito. Edwin Burger iba a tomar el teléfono. Corrí al supletorio y lo alcé cuando sonaba la señal de descolgar del otro receptor.

Llegué muy a tiempo. La voz de Burger, sin poder evitar un temblor de emoción preguntaba débilmente:

—Edwin Burger al aparato, ¿quién llama?

Al otro lado del hilo telefónico sonó una risita aguda, infantil, que yo conocía muy bien. Sentí un escalofrío. Era la mema que oyera en el teléfono cuando hallé sin vida a Dennis Fairchild, el segundo de los miembros del «Comando Z».

Luego, la voz que sonó en el teléfono, fue un caico exacto de la anterior:

—Hola, tío Edwin. Soy yo, Jeremy...

—¡Jeremy, hijo! —gimió su tío—. Nos estás haciendo sufrir mucho a tu tía Wanda y a mí... ¿Cuándo vas a volver, qué estás haciendo, dónde estás ahora, querido mío?

—Demasiadas preguntas, tío Edwin —se mofó la burlona voz infantil—. ¿Para qué quieres saber tantas cosas? ¿Eres tú quien me pregunta todo eso... o ese amigo tuyo, que ahora estará ahí, ese federal que tanto está intentando darme alcance? ¿Me oye usted, federal? ¿Todavía no ha renunciado a darme caza?

Contuve una imprecación. Aquel odioso muchacho parecía saberlo todo, se mofaba de mí abiertamente. Ignoraba cómo pudo saber que yo estaba allí controlando su llamada, o si sólo estaba deduciendo cosas con su maligna mente enfermiza. Lo cierto es que su tío Edwin se comportó muy bien, resultando casi convincente ahora:

—Pero Jeremy, hijo, ¿qué disparates estás diciendo? ¿A qué te refieres? Soy yo quien está hablando contigo. No hay nadie aquí, excepto yo y tu pobre tía... Dinos lo que piensas hacer, te lo ruego...

—Conozco bien esos trucos, tío Edwin —el niño soltó una de sus malévolas carcajadas—. No vas a engañarme. Ese polizonte está ahí, pendiente de mis palabras, esperando localizar el origen de esta llamada. Conozco bien sus sucios trucos. Oiga, federal, no va a conseguir nada. ¿Qué le pareció la faena que le hice a la zorra rubia con quien se acostó usted anoche? Si llega a verla gritar cuando comencé a clavarle la navaja una y otra vez en sus gordas y miserables tetas...

—¡Basta! —rugí, airado, sintiendo la náusea y la rabia en mi persona como jamás llegué a pensar que las sentiría ante aquellas obscenas palabras por los labios de un simple niño—. ¡Maldito loco homicida, no me importan tus pocos años, no me importa nada! ¡Seas un niño, un feto o una basura, daré con tu persona, con tu locura asesina, asqueroso bastardo!

Sólo logré arrancarle otra risotada aguda y chirriante. Después, su voz me espetó con acritud:

—¡Cerdo! Nunca me cogerás, maloliente basura de policía...

¡Soy más listo que tú y otras personas van a comprobarlo cuando las deje bañadas en su sucia sangre!

Colgó bruscamente. Ya todo era inútil. Golpeé con rabia la horquilla del aparato sin conseguir nada. Desolado, colgué y volví al saloncito. El teniente Copland, sombrío, no tardó en reunirse conmigo. Los Burger lloraban, abrazados el uno al otro, horrorizados sin duda por la faceta atroz que acababan de descubrir en su sobrinito.

—Perdió los estribos, ¿eh, Serling? —me dijo el teniente conciliador—. No se culpe de ello. A mí me hubiera ocurrido igual.

—Lo perdimos por mi culpa, imagino —resoplé, abatido.

—Es posible, no sé. Están trabajando en eso. Le oí la conversación a través de un «pinchazo» en la línea, desde dentro de nuestra furgoneta. Ese niño es un monstruo, Serling...

—No lo sabe usted bien. Hace pocos días, ni siquiera existía oficialmente. Era alguien que no había nacido. Y ya ve: sin embargo, varias personas han muerto ya por su mano, brutalmente acuchilladas, y otras parecen correr idéntico peligro.

—Me gustaría saber, cuando menos, si ese niño es Jeremy Crimson o Terence Kellerman... —confesó el teniente Coplan frotándose el mentón.

—A mí también —admití—. Pero eso da igual ahora. Lo importante es dar con él, poder aferrarle de una vez por todas, y luego ya se averiguará el maldito y oscuro misterio de este asunto.

En ese momento, sonó el teléfono. Nos miramos, tensos. Pero yo no esperaba ya otra llamada del monstruo. Copland tomó el aparato. Preguntó. Escuchó en silencio, y luego pronunció palabras y cortantes:

—¿Seguro? ¿No existe duda sobre eso? Bien, de acuerdo. Sí, está bien. Ya pueden retirarse todos, entonces.

Colgó. Se volvió hacia mí y hundió sus manos en los bolsillos. Meneó la cabeza.

—Era el informe del control telefónico. La centralita de Cedar Rapids ha conseguido algo. Era una llamada a larga distancia. Automática. Procedía de Detroit. Dicen estar seguros de ello.

—¡Detroit! —mascullo, indignado—. Entonces era cierto lo que temía... No se ha movido de allí en todo este tiempo. Sabía lo que intentaba hacer y se limitó a esperar...

—Bien, ¿qué piensa hacer ahora, Serling?

—¿Y qué otra cosa me queda por hacer?, sino volver a Detroit, y lo antes posible —señalé el teléfono, ahora silencioso—. Ese salvaje ha dicho que matará a otras personas, ya lo ha oído. No sabemos qué motivos mueven sus manos asesinas, pero sí que cumplirá su amenaza. Hay que evitarlo, sea como sea.

Descolgué, llamando a Detroit. Comunicqué con mis compañeros McIntire, que me informó que, después de lo de Andrea Ward, no había más novedades por fortuna. Le dije lo sucedido en Iowa y Chicago, y le anuncié mi inmediato regreso a Detroit, diciéndole que procurase mientras tanto seguir trabajando intensamente en el asunto.

Aquella misma noche tomé el avión de regreso a Detroit. Jamás me había sentido en toda mi vida tan preocupado, tan cansado y, al mismo tiempo, tan desesperadamente derrotado como en aquella ocasión.

* * *

Mi instinto me llevó directamente a la clínica del doctor Valentine, el centro psiquiátrico donde se hallaba recluida la señora Kellerman, centro y origen de todo aquel demencial enigma en que me sentía inmerso como en una delirante pesadilla.

Ese instinto no se equivocaba, desgraciadamente para todos. Apenas llegué allí, a primera hora de la mañana, empecé a temerme algo malo. Una idea horrible rondaba por mi cabeza pero, por fortuna, la Nancy Hawkins que acudió a atenderme, sonreía apaciblemente y no parecía bajo el efecto de ninguna tragedia.

Eso me hizo respirar con alivio. La bella enfermera pareció sorprendida al verme allí. Enarcó las cejas, me miró con cierta expresión complacida y habló con aquella suave voz suya, que debía resultar un sedante para sus inquietos pacientes:

—¿Usted por aquí otra vez, Serling? ¿En qué puedo ayudarle ahora?

—Aún no lo sé. Vengo por la señora Kellerman otra vez. Imagino que todo estará bien, que nada le habrá, sucedido...

—¿A ella? —Nancy enarcó las cejas, contemplándome pensativa—. ¿Por qué habría de pasarle nada? Que yo sepa, todo va bien. Es

más, tengo una buena noticia que darle sobre Elizabeth Kellerman.

—¿Qué noticia? —desconfió.

—Bueno, su visita le hizo mucho bien, pese a que se enfureció tanto con usted. Ya le dije que, al menos, parecía motivada por algo. Luego se serenó, preguntó por usted y pidió que le diéramos disculpas en su nombre y que quisiera verle de nuevo por aquí.

—Bien, pues ya estoy aquí —suspité—. ¿Puedo verla ahora?

—No, no puede. No porque no sea hora de visita, que en su caso carecería de importancia... sino porque ella no está en la clínica ya.

—¿Que no está? —La miré asombrado—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Ya le dije que era una buena noticia. Empezó a mejorar con su visita. Y coincidiendo con ello, el señor Vardy dio señales de vida y pidió su traslado a otro centro privado con el que había concertado ya el ingreso de la paciente.

—¿Qué? ¿Eso es cierto?

—Por supuesto —pestañeó la joven, sorprendida por mi excitación—. El doctor Valentine no podía negarse, puesto que era deseo personal del señor Vardy, que es quien pagó su permanencia aquí durante años, y cuando vinieron a recogerla, la entregamos a sus nuevos cuidadores.

—Supongo que sabrán lo que se han hecho. ¿Vino personalmente el señor Vardy a hacerse cargo de ella?

—No, no era necesario. Envió una ambulancia con dos enfermeros, portando una carta suya que ya había anunciado previamente por teléfono. Todo estaba en orden y la señora Kellerman fue trasladada a esa ambulancia, que la llevó a su nuevo alojamiento.

—Hay algo que no me gusta en esto —mascullé, dubitativo, paseando por el despacho—. ¿Puede decirme a qué centro médico fue enviada?

—Sí, un momento. Se lo diré en seguida —buscó en un archivador, extrajo una tarjeta y me informó—: Clínica Psiquiátrica Ralston, en Seven Mile Road West 2560, tras el Parque Municipal Palmer.

—¿Puedo hacer una llamada? —indagué, señalando el teléfono.

—Por supuesto. Cuantas quiera, Serling. Sabe que puede contar conmigo en todo.

—Gracias, señorita Hawkins —sonreí vagamente, descolgando y pidiendo a información urbana el número telefónico de Desmond F. Vardy. Apenas lo hubo conseguido, lo marqué, bajo la mirada expectante de la enfermera.

Descolgó un criado. Pedí con urgencia por su amo, y añadí que era agente federal y el asunto no admitía demora. Me pusieron de inmediato.

—¿Dígame? —Sonó la voz de Vardy al otro lado del hilo.

—Señor Vardy, soy Scott Serling, del FBI. Deseo confirmar a través suyo si la señora Kellerman ha sido trasladada hoy de clínica por orden personal suya.

—¿Qué? —indagó él—. ¿De qué me está hablando?

Dominé un escalofrío e insistí:

—Señor Vardy, esto es muy importante. La señora Kellerman ha sido trasladada en ambulancia, tras llamar usted a la clínica del doctor Valentine, por orden suya firmada en una carta, a una cierta clínica Ralston, también privada. ¿Es todo eso cierto?

—No, en absoluto —negó, rotundo—. Yo no he dispuesto nada. Sólo me ocupo en abonar puntualmente la pensión de Elizabeth Kellerman en la clínica del doctor Valentine a través de mi abogado, pero nada más. Yo no he ordenado nada de nada.

—Me lo temía. Es todo, señor Vardy. Imagino que no tendrá ni idea de quién se la ha llevado de aquí ni adónde...

—Cielos, claro que no —su voz parecía alarmada, llena de turbación—. Por el amor de Dios, señor Serling, ¿puede tenerme informado de lo que ocurre? ¿Por qué ha querido nadie sacar de allí a la pobre Elizabeth?

—No lo sé, pero temo lo peor. ¿Puedo verle esta misma mañana en su casa?

—Desde luego. Venga ahora mismo, si lo desea.

—No, ahora no —negué, consultando la dirección que Nancy me había dado. Antes tengo que comprobar algo que, o mucho me equivoco, o ni siquiera existe en esta ciudad, señor Vardy...

Y tenía toda la razón al albergar ese temor. Cuando estuve en Seven Mile Road West, comprobé que el número 2550 pertenecía a un edificio en construcción donde no vivía absolutamente nadie. En todo Detroit no existía ninguna Clínica Psiquiátrica Ralston. La ambulancia, los dos enfermeros y la señora Kellerman habían

desaparecido como si se tos hubiera tragado la tierra.

CAPÍTULO VII

Desmond F. Vardy era un hombre corpulento, canoso, de facciones sólidas y vulgares, aspecto cordial y vigorosa humanidad. No resultaba elegante ni distinguido, pero se advertía que estaba cargado de dinero por todas partes.

Me recibió en su casa en ausencia de su esposa y de sus hijos. Eso parecía haber influido en el hecho de concederme tan rápidamente la entrevista. Era evidente que no le gustaba mencionar nada sobre Elizabeth Kellerman cuando su actual esposa estuviera cerca.

Apenas estrechó mi mano con efusiva rudeza, sus ojos duros, metálicos, buscaron los míos obstinadamente. Su gesto era preocupado.

—¿Sabe algo de Elizabeth? —me preguntó, impaciente.

—Desgraciadamente, no. En estos momentos, todo Detroit está siendo «peinado» por la policía y por nosotros, los federales. Obviamente, se trata de un nuevo caso de secuestro del que vuelve a ser víctima la señora Kellerman quince años después.

—Pero eso no tiene sentido. Leí en alguna parte que el «Comando Zeta» ya no existe...

—En efecto. Sólo quedaron dos de sus miembros con vida: Paul Wilcox, un comerciante de coches usados, y Dermis Fairchild, un antiguo empleado de la misma empresa electrónica donde trabajó la señora Kellerman en el pasado. A ambos los asesinó alguien que se firma Terence K. Supongo que eso significa «Terence Kellerman» — completé, mirándole fijamente.

Vardy palideció. Se dejó caer en un asiento pesadamente, mientras me invitaba a ocupar otro. Parecía anonadado por mis informes.

—Dios mío, si el hijo de Elizabeth nunca llegó a nacer... — jadeó.

—¿Está seguro de eso? —inquirí, manteniendo fija en él mi mirada.

—¿Qué... qué quiere decir? —balbuceó con evidente desasosiego.

—Sinceramente, señor Vardy, creo que usted sabe algo al respecto. Yo no creo en fantasmas. Estoy desde hace tiempo detrás de uno de ellos: un niño que parece atacar desde el limbo en una extraña venganza. Terence Kellerman existe, estoy seguro. Elizabeth Kellerman tuvo un hijo aquel día. Y alguien se ocupó de que ella nunca lo supiera, dándolo por muerto, y pasando la criatura a otras manos con nombre supuesto. ¿Verdad que fue usted, señor Vardy, quien sobornó al doctor Dermott Andersen para que trocase un niño por otro, dando un hijo a la señora Crimson, que había dado a luz una criatura muerta? ¿No es cierto, señor Vardy, que usted siempre ha sabido que un niño llamado Jeremy Crimson era, en realidad, Terence Kellerman, el niño que no existía?

Ante mi sorpresa, Vardy no trató de negar nada. Bajó la cabeza, abatido y le oí confesar con un delgado hilo de voz:

—Sí, es cierto... Todo es cierto, Serling... ¿Cómo ha podido saberlo?

—No lo sabía —suspiré—. Pero mi trabajo consiste en deducir cosas. Tampoco era tan difícil llegar a esa conclusión. Hace falta dinero para sobornar a un médico y hacer algo así. Mucho dinero. Usted era el único que lo tenía. Lo demás resultaba sencillo. Lo que no entiendo es por qué lo hizo. Eso destruyó a la señora Kellerman, usted lo sabe.

—No, Serling —negó él, amarga la expresión—. Eso no destruyó a Elizabeth lo más mínimo. Ella estaba ya destruada previamente, y el doctor Anderson lo sabía tan bien como yo. Las drogas habían acabado de completar algo iniciado mucho antes.

—¿Drogas? —inquirí—. ¿Qué drogas?

—Las que los malditos secuestradores la hicieron tomar durante su cautiverio para mantenerla inconsciente o aturdida y no crearles problemas. Eran drogas que afectaron gravemente el cerebro de Elizabeth, pero más aún porque ella ya estaba bastante mal previamente. Su marido tuvo la culpa de todo eso.

—¿Su marido? ¿Se refiere al capitán James Walter Kellerman, muerto en Vietnam?

—Al mismo, sí. Era un canalla, un monstruo. Torturaba física y mentalmente a su mujer. Fue una gran cosa que aquella granada vietcong terminara con él en las selvas vietnamitas. Era un cerdo, un desequilibrado. Por desgracia, me temo que su hijo, pese a todos mis esfuerzos, haya resultado igual que él y heredado su desequilibrio mental. Hay que estar muy loco para asesinar de ese modo a los quince años...

—Así es señor Vardy. Hábleme un poco más del capitán Kellerman. ¿Qué clase de tipo era?

—Ya se lo he dicho: un miserable, un psicópata.

—Vaya, ignoraba todo eso.

—Yo también lo ignoré durante mucho tiempo. Elizabeth ocultaba todo sobre su marido, no sé si por respeto o por temor a él. Acaso también por propia vergüenza. Le horrorizaba que los demás se enterasen de la clase de hombre que tenía por marido. En realidad, todo eso iba provocando en ella un creciente odio interior hacia su esposo. Yo empecé a saber de éste a través de un amigo suyo, compañero de armas en Vietnam, el teniente de Infantería de Marina Ralph Blackman, que afortunadamente para él, sobrevivió a la matanza donde pereció en su día James Walter Kellerman. He sabido que volvió a Detroit, aunque mutilado, enfermo de fiebres y desfigurado gravemente, a causa de la explosión donde pereció Kellerman, pero no he vuelto a verle ni sé nada de él. Fue quien primero me habló de su amigo y de su carácter psicópata, de su baja condición moral, de su desmedido afán por la violencia, de su goce ante el sufrimiento ajeno. Era un Kellerman que yo nunca había imaginado. Sin poderlo creer, se lo mencioné a Elizabeth. Ella estalló en llanto y acabó admitiendo que era cierto. Se había casado con un enfermo mental de bajos instintos. El la había obligado a drogarse en ocasiones, y la había golpeado ferozmente durante sus borracheras. El secuestro a manos de aquellos fanáticos politizados sólo ayudó a su desequilibrio. Pero no la supuesta muerte del niño, que yo sabía que ella iba a aborrecer con todas sus fuerzas por el resto de su vida.

—¿Aborrecerle? ¿Por qué? ¿No era realmente hijo suyo, Vardy?

—¿Mío? —Desmond F. Vardy soltó una seca carcajada. Luego

negó—: No, amigo mío, no es así. Yo sabía que el niño era de Kellerman, dijera lo que dijera la gente. Y ella también. Por eso odiaba tanto a la criatura aun antes de nacer. Lo que hice fue para evitar a un crío inocente una vida que iba a ser para él un auténtico infierno. Le di un hogar, unos padres y una vida mejor. El doctor Andersen lo entendió así también y cooperó conmigo en ese trueque. Lamento que lo haya descubierto. Ahora, todo va a ser mucho más difícil para todos.

—Es posible. Pero ahora ya ha visto usted la clase de niño que es Terence Kellerman, se llame como se llame: un maníaco homicida precoz, de espantosa crueldad e inteligencia. Se nos escurre de entre las manos constantemente, dejando solo su huella sangrienta, como si realmente fuera un ser que jamás hubiera existido.

—Lo sé y aún me resisto a creer que un niño de quince años sea capaz de semejantes atrocidades, Serling.

—Yo he oído su voz por teléfono, me ha confesado ser el culpable de todo. Era la voz de un niño, Vardy. La voz de un monstruo infantil que deambula por ahí y que tal vez se halle también detrás del secuestro de su verdadera madre. Es capaz de eso y mucho más. Le bastaría conseguir una ambulancia, dos hombres, enfermeros o no, y un lugar adonde llevar a Elizabeth Kellerman.

—¿Cree que él sería capaz de...?

—¿De causarle algún daño a su madre? ¿Por qué no? Es un maniaco, un monstruo de maldad. No creo que ame a nadie ni nada le detenga.

—Igual que su padre —suspiró Vardy, abatido, dejándose caer atrás en su asiento—. Dios mío, si hubiera sido mi hijo en vez de un vástago con la sangre de ese loco de Kellerman... El teniente Blackman escribió una carta a Elizabeth desde Vietnam. ¿Sabe lo que le decía? Que tuviera mucho cuidado cuando regresara James Walter. Que sabía lo del embarazo pero estaba obstinado en que el niño no era suyo, y cuando regresara a los Estados Unidos mataría a madre e hijo por haberle traicionado ella conmigo. Kellerman era muy capaz de hacerlo. Blackman también me había contado una vez que, siendo muy joven, cuando trabajaba en el cine como extra o haciendo pequeños papelitos en la televisión, ya que su gran vocación era la de actor, ya había intentado cometer un homicidio y

pasó casi un año en prisión. Pero entonces, por fortuna para él, su víctima sanó y eso le libró de una pena respetable. Pienso que eso hubiera sido lo mejor. Así nunca hubiera conocido a Elizabeth.

—Usted la quiere mucho, ¿verdad? —pregunté suavemente.

—¿A Elizabeth? —asintió lentamente, con gesto ensombrecido—. Sí, mucho. Pero ya no es un amor apasionado, como entonces. La recuerdo con afecto, con ternura. Y también con una gran dosis de compasión, Serling. Ahora tengo una esposa, Jessica, y seis hijos a quienes amar. Pero no puedo olvidar a Elizabeth. Ella mereció una vida mucho mejor. Y no tuvo suerte en esta vida. Ahora, sólo deseo que, cuando menos, no tenga el más horrible final imaginable. Morir a manos de un hijo propio debe ser algo espantoso.

—Sí, lo espantoso es morir a manos de un ser como Terence Kellerman —suspíré, aturdido. Me puse en pie. Miré a mi interlocutor—. Me gustaría hablar con ese viejo camarada de Kellerman, el capitán Blackman. Tal vez pueda darme algún indicio más que añadir al caso Kellerman. ¿Sabe dónde podría localizarle?

—No tengo la menor idea, ya le digo que no he vuelto a saber de él en muchos años, salvo que estuvo inválido mucho tiempo, se alejó del mundo a causa de sus terribles heridas, y permaneció años enteros en hospital, para rehabilitación física y psíquica. La gente que estuvo en ese infierno de Vietnam, Serling, no regresó bien del todo en la mayoría de los casos. Y no me refiero sólo a lo físico, claro.

—Sí, le entiendo —asentí—, intentaré recurrir a alguna asociación de Veteranos ex combatientes. Creo que hay dos al menos en Detroit. Gracias de todos modos, Vardy. Ahora veo claro el papel que tuvo usted en el caso Kellerman.

—Me alegra que se dé cuenta de ello —dijo, acompañándome a la salida de su confortable y lujosa residencia—. No quisiera que pensara que hice lo del niño por capricho. Es un delito, lo sé. Pero tenía que evitar lo peor, si Kellerman volvía de Vietnam, y había planeado ya ese cambio con anterioridad. Entonces ocurrió lo de la muerte de Kellerman, el secuestro de Elizabeth y todo lo demás. Pero me mantuve firme en mi decisión y seguí adelante aun sin estar él por medio, para evitarle a ella un dolor más prolongado y el mantenimiento de un odio que podía causarle más daño que la

supuesta pérdida del niño. Lo que sí fue cierto es que, al tratarse de un parto complicado, quedó inútil para tener más hijos. Pero de eso, sólo sus últimas angustias y problemas tuvieron la culpa. Trate de dar con ella ahora, Serling.

—Voy a hacer todo lo humanamente posible para ello, se lo aseguro —afirmé con energía, tendiéndole la mano—. Le tendré informado de lo que suceda, no se preocupe.

Y abandoné la mansión de Vardy, para intentar localizar en Detroit a un ex soldado de Vietnam llamado Ralph Blackman, por si podía serme de alguna utilidad en aquel endiablado asunto. Oí sirenas policiales en la distancia. Ello no me alivió lo más mínimo. La policía local buscaba a Elizabeth Kellerman tan insistentemente como nuestra propia oficina lo estaba haciendo. McIntire estaba en estos momentos movilizand o todos los recursos federales para dar con la desaparecida.

Pero yo sabía que, aun así, eso no iba a ser nada fácil.

* * *

—¿El capitán Blackman? —Por fin, tras dos intentos vanos, encontré a alguien que asentía con la cabeza a mi pregunta—. Sí, creo saber dónde podrá hallarle, señor Serling.

Respiré con alivio, guardando mi credencial y contemplando al maduro caballero de porte marcial que me atendía en aquel llamado Centro de Veteranos de Vietnam, situado en un antiguo y sólido edificio de Kercheval Avenue. Tras recorrer con mis ojos los diversos emblemas militares, banderas, fotografías de combatientes enmarcadas y trofeos bélicos heterogéneos adornando las paredes, tales como machetes orientales, uniformes del Vietcong, estatuillas y objetos de artesanía indochina, volví a contemplar el rostro altanero de mi interlocutor, que hurgaba ahora en un fichero de su mesa.

—Recuerdo el caso de Blackman —dijo mientras lo hacía—. Una verdadera desgracia, desde luego. A veces, salvar la vida en una acción como aquélla, no es lo mejor que puede ocurrirle a uno. Sus camaradas, cuando menos, murieron heroicamente y sus nombres se conservan aquí, en una placa conmemorativa. Pero Blackman... —Sacudió la cabeza significativamente, con gesto de tristeza.

—Creo que quedó bastante malherido... —apunté.

—¿Malherido dice? —El ex militar— sopló. —Eso no refleja exactamente la realidad, amigo mío. Sus mutilaciones fueron horribles. Además, quedó totalmente desfigurado, hecho un verdadero monstruo, pese a todas las operaciones sucesivas que se le hicieron para injertos de piel nueva en su rostro. Perdió un brazo, una pierna, sus genitales, un ojo... y la faz era una verdadera carnicería. Pero estaba vivo, allá en medio de la jungla, donde antes hubo un cuartel de nuestros muchachos, dinamitado por los malditos vietcongs, esos pequeños enanos amarillos que se filtraban por todas partes. Muchos cayeron con Blackman ese día. Junto a él, hallamos sus fragmentos, sus restos dispersos, algunos de ellos con su placa de identificación colgando aún del cuello de una cabeza las más de las veces irreconocible por completo... si es que aún existía como tal.

—Creo que James Walter Kellerman también murió en esa acción... —recordó.

Sus ojos se iluminaron. Me miró, asombrado, dejando de repasar fichas.

—Ah, el capitán Kellerman —recitó con orgullo—. ¿Oyó hablar de él?

—Sí, un poco —admití.

—Fue todo un héroe. El dirigía el grupo... Cayó junto a Blackman. Nuestro heroico capitán Kellerman. Vea, figura en el lugar de honor de nuestra placa...

Me mostró, avanzando unos pasos sobre una pierna rígida, tal vez recuerdo también de alguna acción bélica en Vietnam o en Corea, hasta situarse al fondo, junto a una placa de mármol que no me había sido posible ver hasta entonces, en la salida de la estancia.

Una larga hilera de nombres aparecía allí. Todos caídos en Vietnam. A la cabeza, entre un coronel y un mayor, vi el nombre: Capitán James Walker Kellerman.

Asentí, mientras mi acompañante comentaba con tono enfático:

—El, como tantos otros, simboliza lo mejor de nuestro espíritu, nos sirve de legítimo orgullo y de guía. Cuando llegue otra guerra, los jóvenes tendrán un ejemplo vivo a seguir, en defensa de los sagrados principios de la Patria.

Yo no estaba demasiado seguro de que la campaña vietnamita

hubiera significado nada para nuestra patria, pero no iba a discutir eso con el hombre de quien dependía que pudiera localizar al capitán Blackman, de modo que callé prudentemente, y el ex militar regresó a su fichero, hasta que finalmente alzó con aire de triunfo una tarjetita mecanografiada, que me tendió.

—Aquí lo tenemos —dijo—. Teniente Ralph Blackman. Sus señas, en el momento de inscribirle en este centro, eran éstas. Supongo que no habrá cambiado de domicilio en los tres años que hace que rellené esta ficha, señor Serling. Si es así, le aseguro que aquí ignórame por completo esa circunstancia. Dado su estado, el capitán nunca viene por aquí a nuestras reuniones y ha rechazado repetidamente nuestro deseo de visitarle en su domicilio.

Anoté la dirección. No era uno de los mejores barrios de Detroit, lo cual denotaba sin duda una precaria situación económica del capitán, semejante a la de tantos otros héroes de guerra que luego, en la vida civil, se hunden en la mediocridad, en el desempleo o en la miseria.

Di las gracias a mi marcial informador, y abandoné el centro confiando en que la gestión tuviera alguna utilidad de cara a dar con nuevos indicios sobre el caso Kellerman.

CAPÍTULO VIII

El lugar tampoco era precisamente lujoso. El barrio, al sur del río Detroit, en Windsor, tenía buenas zonas residenciales, pero ésta no era una de ellas. Cerca de unos embarcaderos, la humedad era allí muy intensa y una serie de viejas casas, muchas de ellas destinadas fatalmente a un cercano derribo, se alineaban no lejos de Riverside Drive, en una calle corta y estrecha. Consulté el número. Correspondía a una vieja fachada de ladrillos rojos, chorreando humedad, con angostas ventanas. Varios letreros anunciando el alquiler de pisos desocupados, me confirmó en la impresión de la escasa habitabilidad actual de aquella zona de la ciudad y de sus vetustas viviendas.

El portal era angosto y oscuro, con una escalera al fondo, tras los buzones y timbres de la entrada. Empecé a comprender por qué Blackman no aceptaba visitas de sus viejos camaradas de milicia. Aquél no era el lugar más adecuado para un héroe de la guerra. Por los buzones descubrí que el ex soldado vivía en la planta baja, al fondo del pasillo del portal, en un piso interior.

Caminé por el corredor, alumbrado incluso en pleno día por una tétrica bombilla sucia, protegida por unos alambres, enrejados, cuya amarillenta claridad se dispersaba desde el techo, invadiendo de sombras lúgubres el lugar. Caminé con la sensación de hallarme en el más sórdido sitio imaginable.

Al fondo vi una puerta de madera, sucia y desconchada, necesitaba no sólo de una buena mano de barniz, sino también de limpiametales y un sinfín de cosas más que pudieran embellecer algo su cochambroso aspecto.

Llamé a la puerta. Oí resonar dentro el timbre, chirriante y agrio. Pero nadie acudió a abrir. Repetí la llamada con igual

resultado. Posiblemente Blackman no estaba en casa ahora. Tendría que volver otro día.

De pronto, creí oír algo, allá al fondo. Agucé el oído lo más posible.

—Hubiera jurado que era el llanto de un niño. Pero también podía ser el maullido de un gato. Pulsé de nuevo el timbre y pegué el oído a la madera sucia.

No era un llanto. Era un quejido. Un leve, distante quejido que sonaba infantil. Se me erizaron los cabellos.

La posibilidad escalofriante de que el niño asesino, Terence Kellerman, hubiera localizado al capitán Blackman, antiguo amigo de su padre, cobró forma en mi mente. Y me aterró.

Si él sabía que Blackman habló mal de su padre, tal vez intentara...

A fin de cuentas, incluso su venganza seguía oscura para mí. ¿De qué se vengaba y en quiénes? La muerte de los dos secuestradores del «Comando Zeta» hacía pensar en una venganza contra los que dañaron a su madre. Pero la muerte de su falso padre en Chicago, la de Andrea Ward, el rapto de la madre, hacía más confuso y delirante el caso criminal. Podía ser un loco, como lo que fue su padre, y no tener un método concreto para cometer sus crímenes.

Tomé una súbita decisión, recordando que varias veces ya había llegado tarde a los sitios, ganándome por la mano aquel monstruo fantasmal. Busqué en mis bolsillos. Hallé mi juego de llaves maestras. Difícilmente una cerradura se resistiría a todas ellas.

No fue difícil abrir la puerta. Guardé las llaves y tomé mi revólver. Entré en la casa, empujando lentamente la puerta, que chirrió sobre unas bisagras mal engrasadas. Me enfrenté con la oscuridad lúgubre del lugar.

Cerré precavidamente tras de mí. Busqué con la mano zurda un interruptor. Lo hallé, girándolo. Una bombilla con pantalla color calabaza brilló en el recibidor.

Miré en tomo, sorprendido. El lugar era inquietante. La vida del teniente Blackman debía de ser una especie de infierno ahora, pensé, al encararme con aquel machete vietnamita, colgado de la pared bajo un casco de soldado, entre viejas fotografías bélicas de la contienda indochina, distintivos militares adheridos a la húmeda pared, algunos de ellos a punto de desprenderse.

Vi una fotografía con tres hombres en uniforme de campaña. Dos eran de pelo castaño y uno mucho más rubio. El rubio luda galones de sargento. Los otros dos, distintivos de oficiales. Teniente y capitán, respectivamente. Algo me dijo que aquella vieja foto amarillenta correspondía al teniente Blackman y al capitán Kellerman, acompañados de un suboficial amigo. Al fondo, vi palmeras, casas de caña y cielo nublado.

No me gustó el rostro de Kellerman, si es que era él. De estatura similar a su compañero el teniente, poseía unas facciones duras, afiladas, no exentas de atractivo varonil, pero frías y crueles como las de un pájaro de presa. Blackman, en cambio, era risueño y jovial. Observé que fumaba un grueso cigarro y que empuñaba su fusil ametralladora con la mano izquierda. Eso podía indicar que Blackman era zurdo. Llevaba su pistola también en la cadera izquierda, lo cual confirmaba mi impresión.

Caminé pasillo adelante. Di otra luz, esta vez en un cuarto destinado sin duda a *living*. Contemplé el recinto, pensativo. La evocación bélica era angustiosamente obsesiva allí. Más machetes orientales, cascos de soldados enemigos, distintivos vietnamitas del Norte o del Sur, fotografías, recortes de revistas con imágenes en color de la campaña. Y una copia fotográfica de la placa de héroes caídos que viera en el Centro de Veteranos. Junto a la copia, otra fotografía, esta vez de dos hombres. El teniente y el capitán. Me sorprendió una cosa. Alguien había tachado con un aspa en rojo, con rotulador, la figura del teniente Blackman. Tal vez fue obra de Kellerman en su día, y él lo guardaba a pesar de eso. O el propio Blackman, amargado por sobrevivir de aquel modo, era el autor del trazo violento, casi agresivo.

Recorrí toda la casa sin hallar causa alguna que explicara aquel quejido infantil. No había nadie en ella. Todo olía a abandono, humedad y poca higiene. Pero en el refrigerador había alimentos, cerveza y leche, y en la pila unos platos usados. Demasiados platos para un hombre solo, pensé. Conté hasta cuatro, sucios todos.

Me quedé parado en la cocina, ante una despensa del fondo, en la que se veían almacenadas cajas de latas de cerveza, detergentes, envases con legumbres y alimentos en conserva, apilados descuidadamente contra una pared recubierta con papel plastificado de pésimo gusto. Al moverse por la despensa, golpeé unas latas, que

se desplomaron, rodando ruidosamente por el suelo. Lancé una imprecación, inclinándome a recogerlas.

Y entonces se repitió el gemido infantil.

Me quedé rígido, con una lata de judías con tocino en mi mano. Clavé mis ojos en el fondo, en aquel papel plastificado. Estaba seguro de que el quejido sonó cerca de mí, muy cerca. Tal vez tras aquel muro. Podía provenir de una casa vecina con los tabiques demasiado delgados, pensé.

El quejido se volvió a producir. Había una nota dolorosa, angustiosa casi, en aquel tono de voz de acusado matiz infantil. Respiré hondo. Solté la lata y, llevado por un cierto instinto, me moví hasta el papel que decoraba el muro. Golpeé con la culata de mi revólver sobre la pared.

—Hueca —dije sordamente—. Esta pared suena a hueco por completo...

Tanteé en busca de alguna puerta. Y ocurrió.

En vez de girar una entrada secreta o hallar disimulado un acceso, la pared toda se alzó, como se alza la puerta automática de un garaje, mostrándome al fondo lo que constituía el resto de la alacena, oculto a ojos de un observador normal.

Había más allá un cubículo sin aberturas, de unos veinte pies cuadrados, del que emergió un fuerte olor a cerrado, a excrementos, a orines. Contuve mis náuseas con dificultad. No había luz, de modo que prendí un fósforo y lo alcé, para ver mejor lo que allí había, justo en el momento de sonar nuevamente el quejido, con toda fuerza y claridad.

Me quedé helado.

Allí estaba Elizabeth Kellerman. Y también un niño de quince años de singular parecido con la Kellerman cuando era joven.

Supé que había hallado a Terence Kellerman, llamado también Jeremy Crimson. Por fin lo tenía ante mí.

Pero no como yo esperaba. Estaba atado y amordazado, sujeto por una cadena al muro, como un animal. Sus muñecas, a la espalda, atadas con recias correas. También la señora Kellerman aparecía allí inconsciente, tendida en un jergón, como dormida. Tenía todas las trazas de estar drogada.

—Dios mío... —susurré, precipitándome hacia ellos y soltando la mordaza de la boca de aquel niño enjuto, desnutrido, lívido, de

grandes ojos claros, saltones y rodeados de profundas sombras, que me miraba con una mezcla de terror y de esperanza—. ¿Quién eres tú, muchacho? ¿Qué haces así?

Apenas le hube quitado el recio trapo que cubría su boca, me respondió débilmente, con un sollozo, estremecido sobre sus flacas piernas, que se asentaban encima de sus propios excrementos:

—Yo..., yo soy Jeremy Crimson, señor... Pero ese hombre horrible dice que soy... Terence Kellerman... y que debo morir por ello.

Tragué saliva, horrorizado. Tenía un fósforo en mi mano y había dejado el revólver para soltar la mordaza del niño. Ahora me arrepentí de ello.

Porque a mis espaldas, una fría voz dijo, emitiendo una lúgubre risa aguda que yo conocía bien y que parecía provenir de una garganta infantil:

—Bien, amigo Serling, ha caído usted en el lugar exacto en que yo deseaba tenerle...

Me volví, intentando en vano alcanzar mi revólver. La luz de una potente lámpara eléctrica me cegó. La otra mano del hombre, su diestra, esgrimía una pesada pistola de campaña, semejante a la que viera lucir a los militares de las fotografías.

—¡Usted! —rugí—. No era un niño...

—No, no soy un niño —rió otra vez, imitando perfectamente una voz de crío—, tampoco soy el que piensa, Serling.

—Lo imagino —suspíré—. Vine a ver al teniente Blackman. Pero él era zurdo. Usted, no. Por tanto, creo que estoy ante James Walter Kellerman, el asesino.

—Así es —dijo la voz tras la lámpara, glacialmente—. Es muy listo, federal. Pero ha llegado demasiado lejos. Aquí termina su camino. Y su vida.

CAPÍTULO IX

Había dejado la lámpara sobre una caja de madera de la despensa. Ahora me era posible verle ante mí, con la pistola en una mano y un machete vietnamita en la otra.

Era un ser horrendo. Estremecedor y siniestro como pocos. Hubiera hecho buen papel en una película de terror. Pero esto no era una película. Era la vida real, y mi propia existencia estaba aparentemente decidida en un final sin remedio.

Le faltaba un ojo, suplido por una pupila de fijo vidrio reluciente, en el fondo de una órbita cubierta de costurones. Su pierna ortopédica era buena, pero se notaba su rigidez bajo el pantalón caqui, otro recuerdo de Vietnam. El brazo izquierdo era real, pero no el derecho, cuya mano era de plástico reluciente, cubriendo sin duda articulaciones de metal bajo su artificiosa epidermis. Sin embargo, podía moverla bastante bien, gracias a que sólo perdió mano y antebrazo, y la pistola podía ser disparada por su dedo ortopédico sin dificultad.

El rostro, bajo tos cabellos ralos y grisáceos, era una máscara de horror, llena de cicatrices, piel quemada, una nariz carcomida por la metralla, la boca retorcida y horrenda, las orejas incompletas y rugosas. El peor monstruo cinematográfico hubiera resultado cómico al lado de aquel despojo humano.

—Ahora comprendo cómo ha podido hacerse pasar por Blackman —dije roncamente—. Ese rostro es difícil de identificar. Y como su pelo y estatura eran iguales... ¿Por qué se le ocurrió suplantar a su camarada muerto en Vietnam?

—No se me ocurrió nada —negó él, áspero—. Al estallar la bomba, Blackman estaba junto a mí. Se aferró a mí en el momento final, me arrancó la placa de identificación del cuello. Luego, todo

se borró para mí. Cuando me recuperé, me llamaban Blackman y supe que habían encontrado los restos de Ralph, con mi placa en su mano, apretada.

—¿Y la de él?

—Saltó con su cabeza, al reventar —dijo Kellerman—. Debí caerme encima. Los destrozos eran tales, que nos identificaron así, al azar. Yo pensé en negarlo. Luego pensé que no perdía nada con dejar las cosas como estaban. Supe que mi mujer había abortado, y no lo creí. Eso debía ser una jugada del cerdo de Vardy, el auténtico padre de ese bastardo miserable.

Señalaba al niño cautivo. Yo negué con la cabeza.

—No, Kellerman —dije—. El niño es suyo, le guste la idea o no. Vardy no tuvo nada que ver en eso. Respetó a su esposa en todo momento, hasta morir usted... oficialmente al menos.

—¡Eso es mentira! —rugió Kellerman, alterado.

—Era mi mejor modo de esperar la venganza en su día —rió malignamente aquel engendro—. Y esperé. Supe esperar. Años enteros, hasta reunir dinero suficiente, poder hacer las cosas a mi modo, valirme de estos miembros artificiales lo mejor posible... Rapté a Terence en Iowa, una vez descubrí su rastro y le localicé. No fue nada difícil. Es un niño confiado y dócil, aunque algo introvertido. Había matado antes a su padre, como maté a los que raptaron a Elizabeth, malditos hijos de perra.

—¿Y a Andrea Ward? ¿Por qué a ella? —le pregunté fríamente.

—Quería hacerle daño a usted —rió Kellerman—. Le he seguido muy de cerca estos días. Quise verle sufrir, sentirse desorientado, furioso. Eso nublaría su entendimiento. Pero veo que me equivoqué. Siguió usted investigando, maldito sea. Y dio conmigo, buscando a Ralph Blackman...

—Así es. ¿Por qué fingió ser un niño?

—Era un juego. Un juego divertido. Siempre tuve facilidad para imitar voces. Fui actor, ¿lo sabía?

—Sí, lo sabía. Pero no muy bueno, imagino.

—¡Esa gentuza del mundo del espectáculo no entiende nada! —rugió—. Era un gran actor, lo he demostrado. Le engañé a usted, engañé a todos. La voz del niño era idéntica, no admitía confusión posible. Sé hacer cuanto deseo, pude haber sido el mejor actor del país, pero no me lo permitieron.

—Kellerman, sufre usted manía persecutoria. Creo que siempre estuvo loco. Y ahora más que nunca. ¿Qué piensa hacer con esos dos seres que mantiene cautivos?

—Al niño le veré morir así, lentamente. Es su destino, por bastardo.

—Insisto en que es su hijo, Kellerman. Matará a su propio ser.

—¡Miente! Es de Vardy. Por eso debe morir... —Miró a Elizabeth—. En cuanto a ella, Serling... tengo que matarla también. Por haberme engañado con Vardy. La amé un día, pero debo matarla.

—Usted no la amó nunca. La drogó, la torturó, la hizo una víctima de su crueldad de psicópata.

—¡Otra mentira! —aulló—. ¡Todo es mentira! Yo la amaba... Pero descubrí que ella era demasiado hermosa y podía ser capaz de amar a otro... Sentí celos. Las drogas y el miedo podían retenerla a mi lado... Por eso lo hice. Luego, esa maldita guerra me llevó a Vietnam... y todo se complicó.

—Debió dejarla vivir sus últimos años en paz, en ese sanatorio, Kellerman.

—¡No! Nunca, Serling. Morirá con su hijo bastardo. Está decidido. Tuve que buscar a dos viejos amigos que se fingieran enfermeros, robar una ambulancia, imitar la voz de Vardy por teléfono, falsear su firma en una carta... Ya le he dicho que sirvo para todo. Soy muy listo, Serling.

—Pero le encontré. Y los demás también le encontrarán aunque me mate a mí con ellos. No tiene escapatoria ya. El FBI está tras de usted. No puede vencerles a todos.

—He vencido ya a uno, ¿no? Venceré a los demás —alzó el machete, mirándose con ojos siniestros, tan relucientes casi como el de vidrio que miraba sin ver en el fondo de la cuenca vacía—. Ahora, voy matarle como maté a los demás, Serling. A golpes de machete. Adiós, federal. Soy más fuerte, más listo que usted..., más que todos.

Se acercó a mí. Hada voltear el siniestro machete con una pericia diabólica. Sus remolinos terminarían por segarme el cuello de un tajo, pero no podía hacer nada por evitarlo. El maldito loco gozaba con ese juego suyo, maligno y cruel. El niño sollozaba, presenciando la horripilante escena...

En ese punto, sonaron los disparos.

—¡En nombre de la ley, deténgase! —rugió una voz, mientras las balas se clavaban en el muro, junto a Kellerman.

El lanzó un rugido y trató de degollarme. Los disparos retumbaron otra vez, en esta ocasión en forma de ráfaga. Le vi oscilar, segado su cuerpo por la mitad. Las balas perforaron su estómago y vientre, lanzándole contra la pared, mientras el pequeño cautivo chillaba de horror. El rostro espantoso tuvo una mueca crispada, de rabia y de dolor, mientras su cuerpo chorreaba sangre. Cayó de espaldas, sentado a medias, la boca convulsa, vomitando sangre. De su mano ortopédica escapó el arma de fuego sin disparar. De su diestra, el temible machete.

Agonizaba lentamente, pegado al muro, entre estertores. Yo corrí a tapar los ojos al pequeño Terence. McIntire y mis compañeros del FBI llenaban ya la siniestra habitación de cautiverio oculta en casa del falso Blackman.

—Menos mal que llegaste a tiempo —comenté, mirando sonriente a mi compañero.

—Yo también sé trabajar, Scott —rió McIntire complacido, comprobando que la víctima del tiroteo ya no necesitaba médico alguno—. No me fiaba mucho de que hicieras las cosas como debías, y puse un hombre cerca de ti, para vigilarte por si dabas un paso en falso.

—Y lo di.

—Ninguno somos perfectos —se burló mi camarada—. Mi hombre me avisó de que estabas en casa de un tal Blackman. Y que el propio Blackman llegaba a casa detrás de ti, como si te siguiera. Eso me hizo temer algo y me puse en camino con los muchachos sin perder tiempo. Veo que estuve muy acertado.

—Mucho —suspiré, aliviado—. Ahora tendremos que hospitalizar de nuevo a esa infortunada mujer, y esperar que todo esto haya servido para devolverle el afán de vivir. Además, ahora se le puede decir que tiene un hijo y que sufrió tanto o más que ella por culpa de su padre. Eso la hará sentir amor por él, no hay duda.

—Pobre muchacho. —McIntire le miró, complacido—. Y pensar que le creímos un feroz asesino...

—Sí, en eso Kellerman planteó un bonito teatro de guignol sangriento. Tenía vocación de actor y creó un personaje ficticio, un

niño que, realmente, no existía. En eso, nunca estuvimos desacertados, cuando menos. El Terence Kellerman sanguinario que él interpretó, jamás había nacido, por suerte para todos...

—Y ahora, ¿qué piensas hacer? —me preguntó McIntire.

—En primer lugar, llevar personalmente a la señora Kellerman al centro médico del doctor Valentine —sonreí—. Ella lo necesitará. Y de paso, me servirá para ver de nuevo a una bonita enfermera llamada Nancy Hawkins, e invitarla a cenar esta noche...

—De acuerdo. Tú siempre te llevas la mejor tajada —resopló McIntire—. Yo, entretanto, me ocuparé de que lleven a la Morgue a James Walter Kellerman... y que alguien se haga cargo de este pobre niño sometido a tan bestial tortura...

Asentí, caminando hacia la salida del tenebroso lugar donde el caso Kellerman acababa de tocar a su fin.

Sólo la idea de poder cenar con Nancy Hawkins y ver de nuevo sus bonitos ojos azules y su bella figura, me aliviaba un poco de la sórdida sensación que me producía aquel desenlace todavía capaz de producirme escalofríos.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.